

DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,

BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA

CREER EN TIEMPOS DE INCREENCIA

CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,

BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA

CUARESMA - PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1988

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (nn. 1-2)

1. Nuestra intención (nn. 3-4)
2. Estructura de la Carta Pastoral (n. 5)

I.- APROXIMACIÓN AL HECHO DE LA INCREENCIA

1. Cultura de la increencia (n. 6)
2. Disolución del contenido de la fe (n. 7)
3. Deterioro de la adhesión personal (n. 8)
4. Desvinculación de la Iglesia (n. 9)
5. Abandono de la práctica religiosa (n. 10)
6. Vacío ético (n. 11)

II.- FORMAS ACTUALES DE INCREENCIA

1. Increencia bajo la forma de indiferencia
 - Vida «in-trascendente» (n. 12)
 - Indiferentismo (n. 13)
 - Agnosticismo (n. 14)
2. Increencia positivamente afirmada
 - Humanismo entusiasta (n. 15)
 - Humanismo vitalista (n. 16)

· Humanismo desesperanzado (n. 17)

3. Increencia revestida de religiosidad

· Superstición (n. 18)

· Idolatría (n. 19)

· Magia (n. 20)

· Religiones de sustitución (n. 21)

III.- RAÍCES DE LA INCREENCIA (n. 23)

1. Fe en la ciencia (n. 24)

2. Un pragmatismo difuso (n. 25)

3. Pluralismo ideológico y religioso (n. 26)

4. El pecado de los creyentes y de la Iglesia (n. 27)

5. El problema del mal (n. 28)

IV.- ITINERARIOS HACIA LA INCREENCIA (n. 29)

1. Incapacidad para reaccionar (n. 30)

2. El distanciamiento de la práctica religiosa (n. 31)

3. La crisis moral (n. 32)

4. La agresión ideológica (n. 33)

5. El descuido de la fe (n. 34)

6. La desintegración de la fe (n. 35)

V.- ANTE EL RETO DE LA INCREENCIA (n. 36)

1. Reacciones inaceptables

· La nostalgia (n. 37)

· Actitud defensiva (n. 38)

· Búsqueda de refugio (n. 39)

· Falsa adaptación (n. 40)

2. Una interpelación a nuestra fe

- Toma de conciencia (n. 41)
- Tiempo de gracia (n. 42)
- La interpelación de fondo (n. 43)

3. Llamada a la conversión (n. 44)

- Signos nuevos de credibilidad (n. 45)
- Frutos de conversión (n. 46)

4. La urgencia de la evangelización (n. 47)

- La "preparación evangélica" de la cultura moderna (n. 48)
- La necesidad de salvación (nn. 49-52)

5. El servicio al hombre (n. 53)

VI.- CREER EN TIEMPOS DE INCREENCIA (n. 54)

1. La fe, eje y centro de la vida (n. 55)

- Fe que hace vivir (n. 56)
- Fe personalizada (n. 57)

2. Fe vivida y experimentada

- Creer en Jesucristo (n. 58)
- Acoger al Dios gratuito (n. 59)

3. Fe probada

- La prueba de la duda (n. 60)
- Purificar la fe (n. 61)

4. Fe compartida en comunidad

- Necesidad de comunidad (n. 62)
- Celebrar el domingo (n. 63)

5. Fe encarnada en el mundo (n. 64)

6. Fe confesante (n. 65)

VII.- EVANGELIZAR EN TIEMPOS DE INCREENCIA

1. La tarea evangelizadora hoy (n. 66)

- Recuperar la conciencia evangelizadora (n. 67)
- Aprender a evangelizar (n. 68)

2. Testigos de la fe (n. 69)

- El testimonio de cada creyente (n. 70)
- El testimonio de la comunidad (n. 71)

3. En diálogo con la increencia

- Actitud dialogante (n. 72)
- El punto de encuentro (n. 73)

4. Colaborando en la misma tarea humana

- Unidos en la tarea humana (n. 74)
- Aclarar un malentendido (n. 75)

CONCLUSIÓN (nn. 76-77)

INTRODUCCIÓN

1. La conversión cristiana no se reduce a un cambio de actitudes o a una reforma de nuestras costumbres y comportamientos. Comienza más bien cuando los hombres abrimos nuestro corazón a Dios, creemos en la salvación que nos ofrece y dejamos que su gracia configure toda nuestra vida individual y comunitaria. Lo decisivo es escuchar esa llamada apremiante de Jesucristo: «Está llegando a vosotros el Reinado de Dios. Cambiad de corazón y *creed* la Buena Noticia» (Mc 1,15).

Por ello, en las últimas Cartas Pastorales que os hemos dirigido con motivo de la Cuaresma y Pascua de Resurrección, os hemos invitado a «creer en el Dios de Jesucristo»¹ firmemente persuadidos de que sólo en Él puede el hombre contemporáneo encontrar y reconstruir «su verdadero rostro de hombre»².

2. Os hemos hablado de Dios no sólo urgidos por el mandato de Jesús de evangelizar a los hombres de todos los tiempos, sino convencidos de que es lo mejor que la Iglesia os puede ofrecer hoy a cada uno de vosotros y a este pueblo que, entre luces y sombras, busca un futuro más humano y esperanzador.

Somos conscientes, sin embargo, de que hablamos de Dios en unos tiempos en que la increencia parece invadir fuertemente la conciencia de la sociedad moderna. En pocos años ha cambiado profundamente el clima religioso que se respiraba en nuestro pueblo. Hombres y mujeres de todas las edades y de todos los sectores sociales viven su vida al margen de Dios y de cualquier referencia propiamente religiosa. No parecen necesitar de Él para dar sentido a su existencia.

El fenómeno es nuevo entre nosotros. Todavía hace unos años creer en Dios era algo natural y las gentes nacían, vivían y morían en la fe. ¿Qué ha podido suceder para que en tan poco tiempo crezca de manera tan considerable el número de los que se declaran indiferentes, agnósticos o increyentes?

1.- Nuestra intención

3. Sabemos que son muchos los creyentes que sienten hoy desconcierto y malestar profundo al verse confrontados a este clima general de increencia. De manera confusa pero viva perciben que no pueden ser creyentes ignorando este entorno de indiferencia que los rodea. No pocos sufren en su propio hogar el desgarramiento de seres queridos que ya no comparten su fe cristiana.

Más aún. La increencia no es un fenómeno fácil de delimitar. Con frecuencia, las fronteras que pueden separar hoy al creyente del increyente se desdibujan y borran. Nadie está inmunizado. La increencia que impregna la cultura moderna y los diversos ámbitos de la sociedad actual nos puede estar trabajando a quienes nos consideramos creyentes, para terminar instalándose de diversas maneras en nuestro corazón.

Por eso, nuestra atención se dirige en primer lugar a los que os sentís creyentes. Para todos los que nos esforzamos por seguir a Jesucristo, el fenómeno de la increencia es un reto y una interpelación. Ser creyente hoy lleva consigo tomar postura ante esa indiferencia religiosa que impregna la cultura actual, el pensamiento, las convicciones más generalizadas, la conducta social y el género de vida de muchas personas.

Nuestra palabra quiere ayudaros a vivir la fe precisamente en estos tiempos. Queremos escuchar junto con vosotros la llamada que Dios hace hoy a nuestras Iglesias sacudidas por la crisis. Estamos persuadidos de que ésta puede purificar nuestra fe de lastres y falsas adherencias y descubrirnos nuevas posibilidades de vivir la adhesión a Jesucristo y de anunciar hoy su Evangelio.

4. Pero otras preguntas se despiertan también en nosotros al ver que sectores amplios de nuestro pueblo se alejan de Dios o caminan de espaldas a Él.

Estos hombres y mujeres, aparentemente tan desinteresados por la religión, ¿ya no la necesitan? ¿Qué queda en ellos de aquella fe que un día habitó en su corazón? ¿Se han cerrado para siempre a Jesucristo? ¿Por qué muchos de ellos, a pesar de haber abandonado toda práctica religiosa, se resisten a ser considerados como increyentes?

Nuestra Carta Pastoral quiere prolongar el diálogo respetuoso y amigable que iniciábamos con ellos hace dos años. Queremos examinar y comprender mejor los motivos y experiencias que los han conducido hasta la indiferencia religiosa o la increencia. Su postura nos interpela profundamente como creyentes y como pastores. ¿Qué es lo que ha alejado a estos hombres y mujeres de nuestra Iglesia? ¿Qué han visto en nosotros que, tal vez, los ha ido distanciando de la fe? ¿Qué pueden esperar todavía de los creyentes? ¿Cómo seguir juntos construyendo entre todos una sociedad más justa y habitable?

Al mismo tiempo deseamos que nuestra manera de vivir la fe en Jesucristo y servir desde ella al hombre actual les pueda interpelar también a ellos en su increencia.

2.- Estructura de la Carta Pastoral

5. En la primera parte de nuestra Carta Pastoral tratamos de aproximarnos al complejo fenómeno de la increencia, describiendo algunos hechos que indican un grave quebranto de la fe (c. 1) y analizando diversas formas de increencia que creemos detectar entre nosotros (c. 2).

Nos esforzamos luego por precisar las raíces de las que brota ese clima de increencia (c. 3) y los itinerarios que pueden seguir las personas en su alejamiento de una fe viva (c. 4).

El núcleo central de nuestra Carta es una invitación a que os preguntéis junto con nosotros cuál ha de ser hoy la actitud de la Iglesia y de los creyentes ante el grave reto de la increencia moderna (c. 5).

Tratando de ahondar en esa actitud, nos esforzaremos luego por concretar mejor cómo hemos de creer en estos tiempos de increencia (c. 6) y cómo anunciar al Dios de Jesucristo en un mundo en el que se van desvaneciendo la preocupación religiosa y el interés por una salvación eterna (c. 7).

I.- APROXIMACIÓN AL HECHO DE LA INCREENCIA

6. Todos percibimos, aunque sea de manera confusa, que algo ha cambiado profundamente en el clima religioso de la sociedad actual. Ya no es tan natural y obvio ser creyente. Un tono de increencia y desinterés religioso parece envolverlo todo.

No es fácil acercarse a este hecho que constituye un componente tan importante de la sociedad contemporánea. El misterio último de la fe no se deja medir por encuestas y sondeos sociológicos. Pero recientes estudios nos permiten conocer un conjunto de comportamientos, escala de valores, creencias y formas de vida, que nos pueden servir de indicadores para conocer mejor lo que está sucediendo. ¿Qué tendencias se constatan profundizando tras las cifras y los índices de las encuestas realizadas?³.

1.- Cultura de la increencia

Aunque las encuestas indican que son minoría los que se declaran a sí mismos no-creyentes, la cultura que se difunde en la sociedad está dominada por la increencia.

El análisis sociológico de la realidad, la lectura de la historia, la visión científica del mundo, el estudio psicológico del ser humano, al menos tal como se divulgan hoy entre nosotros imprimen a la vida una orientación no creyente. La filosofía que estudian los jóvenes, el arte y la literatura que se produce en nuestros días, los medios de comunicación que invaden los hogares, propagan, por lo general, una cultura que da por supuesta o favorece la increencia.

Comprobamos así que es ya realidad entre nosotros lo que afirmaba hace unos años el Concilio Vaticano II: «La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo»⁴.

En este contexto, la fe que, hace unos años, ofrecía un sentido último y una esperanza de salvación a los hombres y mujeres de nuestro pueblo, viene a ser explicada hoy como un fenómeno desfasado que cada vez tendrá menos interés y relevancia. La religión es considerada por bastantes como residuo de un miedo infantil, de la ignorancia o de una culpabilidad mal asimilada, como factor de alienación o falso consuelo ante las injusticias sociales, como resentimiento de los débiles contra el disfrute de la vida por los poderosos.

Es normal que en este ambiente el creyente tenga la sensación de «creer contra corriente» y que se comporte, incluso, como no-creyente en el ámbito socio-cultural.

Hablamos de increencia y no de ateísmo pues, en general, lo que constatamos en la sociedad no es tanto un rechazo abierto y sistemático de Dios cuanto una actitud de indiferencia y falta de sensibilidad ante el planteamiento mismo de su existencia. Dios no suscita apenas interés alguno en muchas personas. Se diría que han caído en una especie de «ateísmo vital» o práctico en el que Dios no aparece ya en el horizonte de sus vidas ni siquiera como problema.

2.- Disolución del contenido de la fe

7. Aunque la inmensa mayoría afirma creer en Dios y se considera, incluso, católica, son muchos los que, según las encuestas, tienen una conciencia muy vaga de lo que creen.

Muchas verdades dogmáticas son negadas o dejadas de lado. El contenido doctrinal de la fe se va fragmentando o diluyendo en la conciencia de muchos. Se diría que bastantes se van construyendo su particular sistema de creencias sin preocuparse de su coherencia interna o su fundamentación. Sencillamente seleccionan lo que les parece más aceptable y viven con un credo confeccionado a su medida.

Dentro de esta actitud sincretista es de señalar, sobre todo entre los jóvenes, la curiosa mezcla de un cientifismo que los lleva a negar aspectos fundamentales del mensaje cristiano y de una amplia aceptación de «lo maravilloso», lo no-racional o parasíquico.

De esta manera, el contenido de la fe se va moldeando según múltiples versiones en la conciencia de cada uno. Todo parece indicar que cada vez son más los que eligen el contenido de su fe según sus preferencias sin abrirse lealmente la Palabra revelada.

3.- Deterioro de la adhesión personal

8. Por otra parte, se va debilitando en muchos la firmeza de su adhesión personal

a la fe, mientras se extiende cada vez más la tendencia hacia la duda, la vacilación y falta de seguridad.

Son bastantes los que según las encuestas, siguen denominándose creyentes, pero se experimentan a sí mismos en zozobra y perplejidad. No saben en realidad dónde apoyar razonablemente su fe. Poco a poco se van instalando en un estado de escepticismo e indecisión que lentamente se desliza hacia la indiferencia.

4.- Desvinculación de la Iglesia

9. Al mismo tiempo, muchos se han ido desvinculando de la Iglesia. Ha crecido socialmente la crítica hacia la jerarquía. Se cuestionan fuertemente ciertas intervenciones del magisterio y se relativizan cada vez más sus orientaciones y normas morales.

Bastantes valoran negativamente su capacidad para dar respuesta a las verdaderas necesidades incluso espirituales, del hombre contemporáneo y no son pocos los que, recordando experiencias de su niñez o adolescencia, la miran con animosidad y resentimiento.

Otros la consideran como una organización más, aunque poderosa e influyente, que defiende sus propios intereses y que ha de ser respetada mientras su actuación no sea negativa para la sociedad.

Lo que realmente nos preocupa e interpela es ver el número amplio de personas sobre todo jóvenes que no sienten necesidad alguna de comunidad eclesial para vivir su inquietud religiosa.

5.- Abandono de la práctica religiosa

10. Tal vez uno de los datos más significativo es «el desenganche» de la práctica cultural. Un sector amplio de nuestro pueblo no participa ya en la Eucaristía dominical. Muchos sólo se acercan a la liturgia cristiana en momentos señalados (funerales, bodas, bautizos).

Las encuestas señalan, sobre todo, el alejamiento de un elevado número de jóvenes que no parecen encontrar ya sentido alguno a la celebración de nuestras comunidades cristianas.

Una pregunta nace en nosotros. Este alejamiento, ¿no es camino que conduce a la pérdida de fe? El abandono de la práctica religiosa, ¿no conduce progresivamente al abandono de toda vida religiosa?

6.- Vacío ético

11. Para muchos la fe religiosa ha dejado de ser el fundamento de un orden de valores sólidamente establecido.

Nos preocupa constatar el número de personas que, según las encuestas, aun considerándose católicas, no aceptan el magisterio moral de la Iglesia en campos tan importantes de la vida humana como son el área social o sexual. Pero, sobre todo, nos inquieta ese «vacío ético» de cuyo alcance y manifestaciones os hablábamos no hace mucho⁵ y en el que vemos uno de los signos más alarmantes del «vacío religioso» de la cultura moderna.

II.- FORMAS ACTUALES DE INCREENCIA

12. En realidad no deberíamos hablar de increencia sino de innumerables tipos de increyentes. Desde cristianos practicantes con notables lagunas en su fe hasta personas netamente no-creyentes, pasando por hombres y mujeres que viven su versión particular del cristianismo de manera vaga y vacilante, hay toda una gama variada de modos y grados de vivir la increencia.

No olvidamos a tantos creyentes sinceros que encontramos en nuestras comunidades cristianas y que se esfuerzan por vivir fielmente su adhesión al Dios de Jesucristo en medio de esta sociedad. La crisis actual, lejos de debilitar su fe, muchas veces la ha purificado y robustecido. Bastantes de ellos se preocupan individual o comunitariamente, de conocer mejor el mensaje cristiano y de inspirar su vida entera desde el Evangelio. En su corazón está vivo también hoy el gozo de creer.

Pero nuestra atención se dirige ahora a las diversas formas de increencia que podemos detectar en la sociedad contemporánea.

1.- Increencia bajo forma de indiferencia

Tal vez, la más frecuente entre nosotros es la que anida en aquellos hombres y mujeres en cuya existencia no aparecen siquiera las preguntas por el sentido último de la vida a las que la fe busca responder. Son personas «a-creyentes» que ignoran prácticamente hasta el mismo planteamiento de Dios.

· *Vida «in-trascendente»*

La increencia de muchos no es tanto fruto de una decisión responsable cuanto resultado de una existencia «in-trascendente». Faltan en sus vidas las

condiciones mínimas para tomar una postura ante la fe o la increencia. La cuestión es vivir. Asegurar la pequeña felicidad de cada día satisfaciendo las necesidades que les reclaman. Vivir lo mejor posible el presente sin plantearse grandes problemas.

Así la persona se instala en un estilo de vida que le impide llegar con un poco de hondura hasta el fondo de su ser para escuchar las preguntas últimas que surgen de su corazón. A ese nivel de existencia tan superficial Dios no puede ya ser escuchado.

Cuando alguien se contenta con un bienestar hecho de cosas, y vive buscando siempre la satisfacción inmediata y el placer a cualquier precio, ¿puede, acaso, abrirse con corazón limpio al misterio último de la existencia? Cuando vive privado de interioridad, reducido a la función social que ejerce, esforzándose por aparentar u ostentar una determinada imagen, volcado siempre hacia lo exterior, perdiéndose en las mil formas de evasión que esta sociedad ofrece, ¿puede, tal vez, preguntarse por su último destino y plantearse con lucidez la cuestión de Dios?

Esas personas terminan, más bien, careciendo de oídos para escuchar cualquier otro rumor que no sea el que proviene de su mundo de intereses. No tienen ojos para percibir otras dimensiones de la existencia que no sean su bienestar material, la posesión o el prestigio social. Son hombres y mujeres que «carecen de oído para lo religioso».

· *Indiferentismo*

13. En ese clima vital y muy unida a la actitud anterior, no es extraño encontrar en la sociedad actual una postura de indiferencia religiosa. Bastantes personas, especialmente aquéllas que por su talante no se sienten muy inclinadas hacia lo religioso, se han acostumbrado a vivir sin responder a la cuestión sobre Dios.

Viven sin Dios y no lo echan en falta para nada. No sienten la ausencia de Aquél que, en otros tiempos, era considerado fundamental para dar sentido y esperanza a la existencia de los hombres. En su conciencia sólo queda desinterés y desafecto por Dios. Son indiferentes no sólo al cristianismo sino a toda búsqueda o interrogante religioso.

Llevada a su extremo, esta insensibilidad religiosa encierra, tal vez, el estadio de mayor alejamiento de la fe. Se vive ya mas allá de toda religión. No queda resquicio alguno para dejarse interpelar por ningún mensaje religioso. No se necesita. Y, mientras la necesidad de Dios no es sentida, no es posible la reacción.

· *Agnosticismo*

14. Otros adoptan más bien una actitud de carácter agnóstico. Su postura, en parte teórica y en parte pragmática, parece fundamentarse en un planteamiento sencillo. Dios es una «hipótesis» que no es posible verificar. No hay fundamento racional para saber

algo de Dios con seriedad. No hay razones para afirmar su existencia ni razones para negarla. ¿Qué hacer?

El agnóstico no puede ser creyente pues entiende que la religión se basa siempre en opciones, decisiones y adhesiones que sobrepasan los límites de lo que honestamente podemos verificar y, por lo tanto, aceptar.

La postura más lúcida y despierta es, entonces, vivir perfectamente instalados en la finitud sin echar de menos a Dios. Asumir responsablemente y sin traumas nuestra existencia finita, con su grandeza y su miseria, con sus gozos y su dolor, con su capacidad de vida y progreso y su carácter perecedero y mortal.

Ésta sería la postura más realista y lúcida. Aprender a vivir en la caducidad. Encontrarnos a gusto en nuestra finitud como en nuestra propia piel, sin engañarnos ni anhelar ingenuamente un Padre cuya existencia no podemos verificar.

2.- Incredencia positivamente afirmada

15. Hay también en la sociedad actual quienes niegan decididamente a Dios y rechazan abiertamente la fe religiosa. Más aún. No sólo la rechazan sino que hacen de este rechazo condición indispensable para instaurar un verdadero humanismo y construir una respuesta digna para el hombre moderno.

· *Humanismo entusiasta*

Para afirmar al hombre es necesario negar a Dios. Ésta es la convicción fundamental de un humanismo entusiasta y optimista que hoy parece ser cuestionado por la grave crisis que sacude a occidente pero que tiene entre nosotros adeptos incondicionales. Es el ateísmo moderno que según el Vaticano II «lleva al afán de autonomía humana hasta negar toda dependencia del hombre respecto a Dios»⁶.

Según esta postura, sólo el hombre es responsable de la empresa del mundo y constructor de su propia humanidad. El «es el fin de sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia»⁷.

El hombre moderno ha alcanzado su mayoría de edad y puede prescindir de Dios. Más aún. Debe excluirlo ya de su historia como un ser superfluo y nocivo, para que pueda nacer una «humanidad nueva» digna de este nombre.

Más en concreto, lo sobrenatural ha de quedar suprimido en nuestras vidas para que la razón pueda reinar. El misterio personal de Dios ha de morir en nuestras conciencias para que la libertad y el señorío del hombre se pueda consolidar. Hemos de prescindir del Padre para construir responsablemente la solidaridad plena entre los hombres.

Dentro de esta línea, ha sido el proyecto marxista de liberación el que mayor influencia ha tenido en amplios sectores de nuestra sociedad. Son bastantes los que se han ido alejando de la religión por ver en ella un producto ideológico que

sólo sirve para legitimar la opresión de las clases dominantes e impedir la verdadera revolución que es necesaria para lograr una sociedad sin clases y desalienada en la que el hombre sea por fin realmente libre.

· *Humanismo vitalista*

16. Por otra parte, es fácil observar en ciertos ambientes de la sociedad una forma de increencia que reviste, de alguna manera, los rasgos de un neopaganismo.

El Dios de Jesucristo ha desaparecido ya totalmente del horizonte. El mismo hombre se siente ahora un «pequeño dios» que se entrega sin represiones ni límite alguno al disfrute de todo placer y felicidad por reducido que pueda ser.

Se exalta la vida de manera absoluta en todo lo que tiene de gozoso y plenificante, y se cae prácticamente en un hedonismo a corto plazo en el que la persona trata de sacarle a la existencia el mayor jugo posible y mientras sea posible.

· *Humanismo desesperanzado*

17. Hay otra actitud que se extendió ampliamente por Europa en los tiempos de la posguerra y que puede tal vez crecer entre nosotros como tónica de bastantes increyentes si la crisis que padecemos se prolonga o agrava.

El hecho de sentirse y proclamarse «dios» no le atribuye al ser humano poderes divinos. Y la historia humana, llena de fracasos y decepciones, le vuelve a recordar una y otra vez sus verdaderos límites y fronteras.

Pero, como el hombre ha prescindido ya de Dios, no dispone de ningún otro recurso para acceder a esa salvación que no se puede dar él a sí mismo.

Entonces es fácil caer en la desesperación, la rebelión o el desencanto. La aspiración de infinito que late en el hombre se muestra sueño imposible. La vida es «pasión inútil», la existencia un vacío en sí misma. La única salida es entonces ese «nihilismo» que va tiñendo la cultura y la vida entera de decepción, tristeza y desencanto.

3.- Increencia revestida de religiosidad

18. En el interior mismo de la religión encontramos no pocas veces formas larvadas de increencia que desfiguran y falsean una auténtica actitud creyente ante Dios.

· *Superstición*

El hombre cae en la superstición siempre que sustituye la confianza religiosa por el afán de utilizar a Dios y poner de su lado los poderes divinos. No es extraño que también en esta sociedad tan configurada por el utilitarismo y la eficacia, haya quienes busquen a Dios de manera egoísta tratando de ponerlo al servicio de sus múltiples intereses.

Entonces el culto religioso se deteriora para dar paso a prácticas minuciosas y nimias que se cuidan hasta el máximo detalle. Se acude incluso a ámbitos alejados de la propia fe cristiana (horóscopos, predicciones, sesiones de espiritismo). Así la fe se disipa y la religiosidad se empobrece. Lejos de abrirse cada vez más al amor y la esperanza en Dios, la persona queda confinada en sus propios miedos o se asfixia en sus intereses inmediatos.

· *Idolatría*

19. Es una tentación perenne en el hombre sustituir a Dios por algún ídolo que viene a ocupar en su corazón y en su vida el lugar que sólo a Dios debería pertenecer.

En nuestra Carta Pastoral sobre el Dios de Jesucristo os señalábamos los ídolos que más pueden seducirnos hoy: el dinero, el sexo, el poder en sus diversas formas, la patria y el pueblo falsamente exaltados y la misma religión cuando se absolutizan indebidamente las mediaciones religiosas obstaculizando el encuentro personal con Dios.

El ídolo es siempre engañoso pues ofrece una salvación que sólo de Dios nos puede llegar. De nuevo os repetimos: «la idolatría se opone frontalmente a la fe en Dios porque los ídolos suplantán a Dios, destruyen y esclavizan al hombre que es su imagen, y niegan la autonomía del mundo que Dios quiere y garantiza»⁸.

· *Magia*

20. La actitud religiosa queda también pervertida radicalmente cuando el hombre se acerca a Dios como a un poder impersonal tratando de hacer reaccionar automáticamente las fuerzas divinas por medio de determinados actos.

Entonces el culto pierde su riqueza interior, los sacramentos se reducen a rito puramente exterior, la relación personal con Dios se desvanece y la salvación se pone no tanto en Él cuanto en la realización mecánica de un ritual.

Desgraciadamente y casi de manera inconsciente e ingenua son bastantes los que corren el riesgo de caer en actitudes y conductas mágicas que los alejan de la verdadera fe en el Dios Salvador revelado en Jesucristo.

· *Religiones de sustitución*

21. Estamos asistiendo también en nuestro país a la penetración y difusión de sectas y movimientos donde se entremezclan elementos más o menos provenientes de diferentes tradiciones. Hasta nosotros han llegado ya la Asociación internacional para la conciencia de Khrishna, la secta Moon, el Guru Maharaj Ji, la Gnosis, los Niños de Dios, la Meditación Transcendental...

La mayor o menor acogida que encuentran en la sociedad es, sin duda, signo del «hambre religiosa» que persiste de alguna manera en el hombre de nuestros días cuyas aspiraciones, más hondas no parecen satisfacer ni el progreso científico ni el desarrollo tecnológico. Es también una interpelación a nuestras Iglesias que

han de preguntarse por qué ese hombre no encuentra en nuestras comunidades creyentes la experiencia religiosa que necesita y busca.

Pero, dada su gran dosis de ambigüedad, este fenómeno religioso necesita una gran purificación. Con frecuencia, el encuentro con Dios es sustituido por técnicas de interiorización y relajación. Se corre el riesgo de identificar la salvación con un bienestar de orden síquico o espiritual. Se quiere responder a esa necesidad profunda que hay en el hombre de trascenderse, pero evitándole en realidad ir más allá de sí mismo en una actitud de conversión a Dios.

22. Este breve recorrido nos puede ayudar a conocer mejor cómo se va erosionando la fe en muchos hombres y mujeres de hoy. Pero, al mismo, tiempo, nos permite tomar conciencia más viva de que las diversas formas de increencia pueden penetrar también en mayor o menor grado en aquéllos que nos llamamos creyentes.

Nuestra fe es, con frecuencia, mucho más ambigua e impura de lo que sospechamos. Puede encerrar, de manera más o menos inconsciente, tendencias supersticiosas o mágicas. Nuestro corazón puede estar poblado de pequeños ídolos. Tal vez una vida demasiado pragmática y superficial nos arrastra también a nosotros hacia un estado de indiferencia e insensibilidad religiosa. A veces, nuestra fe en Dios puede quedar ahogada en un ateísmo práctico.

III.- RAÍCES DE LA INCREENCIA

23. No es fácil precisar cuáles son las raíces de esta increencia que, por otra parte, se presenta, al parecer de los sociólogos, como un hecho en expansión al menos en la sociedad occidental. Pero aunque las personas se van distanciando de la fe por razones personales diferentes podemos apuntar algunas causas generales que crean hoy entre nosotros un clima socio-cultural en la que la fe se ve acosada o tentada de manera particular. Ello nos permitirá no sólo comprender mejor el camino que han seguido muchos hacia la increencia, sino también conocer con más lucidez las dificultades y pruebas con las que se ha de enfrentar hoy nuestra fe.

1.- Fe en la ciencia

24. Todos llevamos dentro de nosotros una fuerte tendencia a verificar previamente y comprobar positivamente aquello que hemos de aceptar o acoger. Esta tendencia ha crecido de manera antes desconocida, al extenderse entre nosotros una mentalidad empirista o positivista que no sólo dificulta la fe de muchos, sino que llega a constituir para no pocos una raíz de increencia.

Tal vez no somos conscientes hasta qué punto el desarrollo científico y tecnológico de estos tiempos está configurando hoy toda nuestra vida, generando en nosotros un modo peculiar de pensar, sentir y reaccionar ante la existencia.

Según un «dogma científico» ampliamente difundido hoy, el hombre sólo puede afirmar con sentido y responsabilidad aquello que puede ser objeto de comprobación. No hay otros caminos para acceder a la realidad. Todo intento de ir más allá de la ciencia es caer en el mundo de lo irreal.

Es fácil entonces pensar que sólo existe aquello que nuestra ciencia puede verificar. No hay más. Naturalmente, en este «imperio de lo científico» no hay lugar para Dios. No tiene cabida ni siquiera como hipótesis. La religión queda entonces descalificada. La fe cae en el descrédito. Sólo la ciencia tiene la última palabra sobre la realidad.

Ya el Vaticano II vela en esta mentalidad un factor que está erosionando la fe en nuestros días: «Muchos, rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicarlo todo sobre esta base puramente científica»⁹.

Es cierto que el mismo desarrollo científico está haciendo a la ciencia actual mucho más modesta. Los científicos más cualificados ponen hoy en cuestión su pretensión totalitaria como algo excesivo e ilegítimo. Se sabe que la realidad que el científico capta es parcial y está mediatizada por los instrumentos tecnológicos que utiliza. La estructura última del ser al que no tenemos acceso directo queda siempre fuera de las posibilidades de la técnica. «El misterio del mundo» permanece. Conocemos mejor «cómo» funcionan algunas cosas, pero seguimos ignorando su realidad más profunda y la orientación final que dirige la existencia. Nosotros mismos, con toda nuestra ciencia, somos «un problema no resuelto».

Es ahora, sin embargo, cuando se está produciendo entre nosotros a nivel de divulgación masiva el gran auge de esta mentalidad que en muchos ahoga la pregunta de Dios antes que nazca.

No queremos ignorar tampoco el impacto que la aplicación de los métodos histórico-críticos a la Biblia en general y a los evangelios en particular ha tenido en la fe de no pocos creyentes. Desconcertados por los resultados de la crítica histórica, sienten que se disuelve lo que ellos consideraban ser el contenido de su fe, al no acertar a descubrir el mensaje revelado, a través de los diversos géneros literarios utilizados por los autores bíblicos.

2.- Un pragmatismo difuso

25. El desarrollo de la vida moderna ha traído también consigo un modo peculiar de vida. Los ojos del hombre contemporáneo parecen mirarlo todo de modo utilitario. Sólo parece interesarle el rendimiento y la eficacia.

La mentalidad científico-positivista nos ha hecho al mismo tiempo pragmáticos. Nos hemos ido olvidando de los grandes fines que podrían configurar la realización última del ser humano y nos interesamos casi exclusivamente por los instrumentos y lo funcional.

No preocupa el sentido último. Se vive el presente, lo inmediato. Las grandes razones para vivir se diluyen. Se borra la visión de un horizonte coherente y estructurador que pueda ofrecer un sentido último. Basta buscar «lo que me apetece».

Naturalmente, Dios resulta entonces algo superfluo. No hace falta ni combatirlo. Sencillamente se prescinde de Él. No es operativo. Donde el amor y la gratuidad

se diluyen, donde el misterio y la profundidad son expulsados, Dios ya no tiene cabida.

Quizás sin saberlo ellos mismos, la increencia de muchos se alimenta y crece en este pragmatismo difuso que parece impregnarlo todo. No interesa nada último o trascendente. Esta vida pragmática, competitiva, fragmentada en el interés de cada momento, ofrece ocupación suficiente. Si Dios no es rentable ni ventajoso, ni eficaz y tampoco está bien visto, ¿para qué puede servir el creer?

3.- Pluralismo ideológico y religioso

26. Por otra parte, ya no es fácil saber en qué tendría uno que creer. En poco tiempo hemos pasado de una situación de cristiandad en la que parecía absolutamente claro qué había que creer, a un pluralismo ideológico en que coexisten toda clase de corrientes y posturas ante la vida. Este hecho ha provocado en muchos creyentes una profunda sacudida. ¿Qué actitud adoptar ante esta pluralidad creciente de sistemas que pretenden explicar de alguna manera la realidad y la vida?

Si hay tantas visiones divergentes con pretensiones de verdad, parece normal relativizar el valor de todas ellas. La propia religión queda entonces despojada de su relevancia. Tal vez no sea tan importante y absoluto lo que uno ha creído hasta ahora.

Crece así la perplejidad y el escepticismo en bastantes creyentes. Sienten en su interior el enfrentamiento de diferentes ideologías, corrientes y creencias, muchas veces de manera vaga y confusa. Todo se mezcla y todo corre el riesgo de quedar relativizado. Bastantes querrían, tal vez, reformular su fe, encontrar algún apoyo para sostenerla, lograr una nueva síntesis cristiana de la vida, pero no lo consiguen. No pocos, se van sintiendo entonces interiormente increyentes pues perciben que su fe se va haciendo día a día más débil e irreal.

Por otra parte la divulgación de la cultura, los medios de comunicación, los contactos con otros pueblos nos están permitiendo conocer otras grandes tradiciones religiosas. Son bastantes los creyentes que se sienten afectados por este hecho y cada vez serán más.

Es claro que para personas poco maduras en su fe las consecuencias pueden ser graves. No pocos, comienzan a pensar que todas las religiones son equiparables y resulta indiferente a cuál de ellas se pertenezca. Tal vez no hay una verdadera religión sino verdades fundamentales que se pueden encontrar en todas las grandes religiones de la humanidad. Es fácil caer entonces en cierto indiferentismo que no consiste precisamente en una igual estima y valoración de todas ellas sino en una igual falta de estima.

4.- El pecado de los creyentes y de la Iglesia

27. No queremos ignorar otro factor que ha podido debilitar la fe de bastantes creyentes decepcionados por la Iglesia y heridos, incluso, por el entorno religioso que los ha rodeado. Lo confesaba también el Vaticano II: «En esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la

educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión»¹⁰.

Son bastantes los que consideran que la Iglesia no supo defender siempre con valentía evangélica los derechos y la libertad de las personas, de los grupos sociales y del pueblo ni durante la guerra ni en los largos años del franquismo.

Hay quienes siguen acusando a nuestra Iglesia de estar indebidamente vinculada a determinados poderes políticos, económicos y culturales, y alejada de los más pobres, débiles o marginados. Otros no ven en ella un lugar de acogida y libertad.

Hemos de reconocer la parte de verdad que encierran estas acusaciones. Con nuestro pecado e infidelidad al Evangelio, los cristianos hemos generado, en mayor o menor grado, distanciamiento e increencia pues no hemos aparecido como «testigos del Dios vivo» ni hemos luchado siempre por la justicia, la paz y la solidaridad que el Reino de Dios exige. Nuestra vida ha transparentado en ocasiones más nuestro pecado, nuestros intereses y nuestros miedos que el Dios de Jesucristo que queríamos anunciar.

No queremos tampoco ocultaros la profunda interpelación que significa hoy para nuestras Iglesias diocesanas saber que, según las encuestas, un sector amplio de nuestros jóvenes sienten rechazo hacia la Iglesia mientras sigue demandando una respuesta religiosa a sus vidas¹¹.

5.- El problema del mal

28. Sabemos que hay muchas otras «raíces de increencia» pero no queremos olvidar el problema del mal. De él os hablábamos hace dos años como «roca del ateísmo»¹². En el mundo encontramos más mal del que hubiéramos esperado de una creación amorosa.

Hoy el problema se ha agudizado. Por una parte, conocemos mejor las proporciones enormes del mal en el mundo y la capacidad trágica que tiene el hombre para destruir. Por otra, ha crecido nuestra sensibilidad ante la violación de los derechos humanos. ¿Cómo creer en un Dios que se calla ante tanto sufrimiento y que incluso se presenta como cómplice cuando son sus creyentes quienes producen esa injusticia o colaboran en ella?

Tal vez el problema del mal se hace más difícil de asimilar cuando uno se ha distanciado ya de la fe por otras razones y vive lejos del Dios crucificado. El mal es entonces un complemento teórico que viene a afianzar la propia increencia.

IV.- ITINERARIOS HACIA LA INCREENCIA

29. Dentro de este clima general tan propicio al debilitamiento de la fe, el creyente puede seguir caminos muy personales y concretos hasta instalarse en la increencia. Recordar algunos de estos posibles itinerarios nos puede ayudar a todos a descubrir los pasos equivocados que tal vez estamos dando y, al mismo tiempo, el camino de vuelta que deberíamos recorrer para convertirnos a Dios y reafirmar nuestra adhesión creyente.

No hemos de olvidar que la increencia comienza a echar raíces en nosotros desde el momento en que empezamos a organizar nuestra vida de espaldas a Él.

1.- Incapacidad para reaccionar

30. Muchos se han encontrado en la vida siendo «cristianos» sin que se hayan planteado nunca por qué creen y sin que la fe les haya llevado a experimentar nada especialmente gozoso y salvador en su existencia.

Su fe no era fruto de una decisión personal, respuesta agradecida al don de Dios. Se decían «cristianos» porque el ambiente social así lo exigía. Hoy se sienten «increyentes» porque los tiempos así lo parecen pedir. No han sabido reaccionar ante el nuevo clima. Poco a poco se han ido deslizando de una «religión sociológica» hacia una «increencia sociológica».

Contagiados por el ambiente general, imitando las actitudes más vigentes hoy en la sociedad, su fe se ha ido apagando. Poco a poco se han ido desprendiendo de la religión más por comodidad y mimetismo que por razones personales convincentes.

Es fácil abandonar así la fe, abandonándose a los nuevos aires que corren. Pero no creemos que esta actitud lleve a las personas a una vida de más verdad, mayor honestidad y alegría más honda ante la existencia.

2.- El distanciamiento de la práctica religiosa

31. Hay quienes durante muchos años han vivido su fe de manera incluso intensa aunque, tal vez, esa fe quedara reducida a veces a práctica cultural excesivamente externa y mecánica.

Cuando más tarde, por diversos factores (cambio de residencia, nuevo ambiente social, matrimonio...), la persona cambia de género de vida descuidando la práctica religiosa, el abandono de esa práctica puede arrastrar consigo el abandono de la misma fe.

Es cierto que no hemos de identificar la fe en Dios con unas mediaciones religiosas concretas. Pero cuando una persona se desvincula de la comunidad creyente y ya no confiesa ni celebra su fe, corre el riesgo de que su adhesión interior a Dios se vaya desvaneciendo.

Su fe se irá reduciendo al mínimo. El cristianismo le parecerá, tal vez, siempre más complicado, sobrecargado y oscuro. La misa «le dirá» cada vez menos. La experiencia nos dice que son pocos los que, al abandonar la práctica religiosa, consiguen vivir una vida personal de auténtica fe. En efecto, un creyente que no ore ni alabe, que no proclame ni celebre su fe, ¿podrá ser largo tiempo creyente en su corazón?

3.- La crisis moral

32. Para otros, el abandono de la fe ha tenido como origen alguna crisis de orden moral, vivida a veces con desconcierto y hasta angustia. Durante muchos años han vivido la fe, sobre todo, como un deber ético que se concretaba en normas claras y precisas.

Hoy la vida ha cambiado. Las ideas vigentes en la sociedad sobre el matrimonio, la sexualidad o el disfrute de la vida han hecho saltar en mil pedazos aquella moral que hoy les parece anticuada y estrecha. El cristianismo se les presenta no como una salvación liberadora sino como un estorbo que les impide vivir intensa y gozosamente la experiencia humana. No ignoramos la influencia que en todo ello ha tenido un falso vigorismo moral impregnado de pesimismo y recelo hacia la sexualidad.

Naturalmente no hemos de confundir la fe en Dios con las normas morales ni con ciertas concreciones que el magisterio puede ofrecer a los creyentes en un determinado momento. La crisis de fe se desencadena cuando comenzamos a arrojar a Dios de nuestra conciencia rehusando escuchar su llamada que nos busca amistosa pero inquietante.

El Vaticano II nos recordaba que la conciencia rectamente formada «es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla»¹³. Cuando no se escucha esta voz, es fácil escuchar cada vez con más fuerza los propios intereses y el propio egoísmo. Entonces la fe puede quedar bloqueada. Se hace cada vez más difícil la relación con Dios. Su nombre trae malos recuerdos. Algo se va muriendo en el corazón del creyente.

4.- La agresión ideológica

33. No pocos han quedado impactados sobre todo por la fuerza de diversas corrientes ideológicas. Concretamente, el poco respeto y hasta la agresión de algunos educadores a la conciencia del niño, una formación universitaria de espíritu «ateo», muchas veces hostil a lo religioso, una militancia política fuertemente impregnada por ideologías contrarias a la fe, han ido alejando a bastantes del cristianismo considerado ahora como algo anacrónico y alienante.

Poco a poco, en el fondo de sus conciencias la ideología ha ido ahogando la fe. Hoy la religión se les presenta como algo que pudo tener sentido en otros tiempos pero que, en una sociedad adulta y emancipada, carece de todo interés y no es propio de personas cultas y progresistas.

Crece entonces el sentido crítico, hacia la historia cristiana. Cualquier ocasión es buena para trivializar o ridiculizar lo religioso incluso de manera pública. Con ello tal vez se trata de cerrar cualquier resquicio que pueda todavía existir para un planteamiento de la vida un poco profundo y trascendente.

5.- El descuido de la fe

34. Pero muchas veces el deslizamiento hacia la increencia no es propiamente fruto de ninguna crisis ideológica ni de un abandono de la práctica religiosa. Todo empieza de

manera casi imperceptible con la dejación y falta de cultivo de la fe. La pereza, la superficialidad o el cansancio impiden la debida correspondencia a la acción de Dios.

Cogida en una red de relaciones, actividades y problemas, la persona va perdiendo su capacidad de comunicarse vitalmente con Dios. De poco sirve entonces seguir confesando fórmulas y practicando ritos. La vida real de cada día se alimenta de otras fuentes e impulsos distintos a la fe.

Poco a poco ésta va perdiendo su fuerza para configurar la vida. Sin tener conciencia de ello, el antes creyente comienza a instalarse en la increencia sin formularla explícitamente como visión y sentido de la existencia, y sin confrontarla con la fe cristiana. Pronto, de su cristianismo sólo quedará un disfraz para cubrir una vida increyente y bastante pagana.

6.- La desintegración de la fe

35. No es posible ir reseñando aquí los incontables caminos que pueden conducir hoy a la descomposición de la fe. Desgarros vividos desde la primera infancia, heridas profundas en el amor y la amistad, escándalos y decepciones profundas provocadas por creyentes. A veces la fe es arrancada violentamente por un sufrimiento insoportable. Otras veces es renegada positivamente.

Vemos también en algunos sectores juveniles una «religión rebajada» donde se erige como norma lo subjetivo, se da culto a lo moderno y se sigue una moral oscilante y difusa.

No hemos de olvidar, por último, a esos jóvenes cada vez más numerosos entre nosotros que no han perdido la fe porque nunca la han tenido. No echan nada de menos. No saben exactamente qué se está diciendo cuando se habla de Dios. No sienten necesidad alguna de Él.

V.- ANTE EL RETO DE LA INCREENCIA

36. Esta increencia que vemos invade la conciencia de sectores tan amplios de nuestro pueblo, erosionando la fe de tantos hombres y mujeres, no nos deja insensibles. ¿Cómo es posible que el hombre creado por Dios, buscado una y otra vez por su amor salvador, acompañado por Él mismo en una historia de entrega hasta la muerte, no llegue hoy a reconocerle y le sienta incluso como el gran enemigo de su libertad y felicidad?

Esta pregunta radical nos lleva inevitablemente a hacernos preguntas más concretas: ¿Cuál es hoy la misión de la Iglesia aquí? ¿Cómo ha de desempeñar la misión evangelizadora que Jesucristo le ha encomendado? ¿Cómo hemos de reaccionar los creyentes? ¿Qué actitud hemos de adoptar?

1.- Reacciones inaceptables

Tal vez nuestro primer esfuerzo ha de ser detectar algunas reacciones incorrectas o desviadas que nos están impidiendo todavía responder de manera adecuada a estos tiempos de increencia.

· *La nostalgia*

37. Es comprensible que bastantes creyentes, desconcertados por la crisis, adopten una actitud de nostalgia y añoren tiempos pasados en que todo parecía más claro y seguro. Pero no estamos tan ciertos de que la situación de cristiandad, con todos sus valores, haya sido la ideal para vivir con radicalidad y limpieza el Evangelio. Pretender restaurarla hoy no ayudaría mucho a despertar en el hombre moderno la fe verdadera. Creemos que es otro el espíritu que nos ha de animar a afrontar la actual situación.

· *Actitud defensiva*

38. Es normal también que bastantes adopten una actitud defensiva que tiene su origen en un cierto acomplejamiento. Vivimos acosados por un mundo hostil, la fe ha quedado a la intemperie, somos un número cada vez menor y socialmente menos significativo. Es tentador entonces poner excesivo acento en el fortalecimiento de las instituciones, la defensa de un cuerpo doctrinal seguro y un código de conducta bien definido, el cumplimiento más riguroso de la práctica religiosa.

Sin duda, hemos de redescubrir y reafirmar también hoy la identidad cristiana desde las fuentes más originales del Evangelio. Pero, ¿es nuestra tarea hoy construir una Iglesia «a la defensiva», de creyentes agrupados por el temor, en actitud de víctimas más que de testigos? Creemos escuchar algo más hondo y urgente de Aquél que nos pidió ser «luz del mundo» y «sal de la tierra» (Mt 5,13-14).

· *Búsqueda de refugio*

39. Esa misma actitud de repliegue es la que empuja hoy a otros a protegerse en grupos y comunidades de refugio. Es fácil entonces acentuar las diferencias, marcar con claridad las distancias con el mundo moderno, cerrar los ojos a los valores de la cultura contemporánea y vivir la propia experiencia religiosa de espaldas al hombre actual, tal vez en un actitud de secreta autosatisfacción y condena interior de los otros.

Sabemos muy bien que la fe en el Señor se alimenta y crece cuando es compartida de manera viva y cálida en el seno de la comunidad creyente. Pero también el testimonio en medio del mundo, la presencia evangelizadora y la apertura amistosa y dialogante hacia todos, son algo esencial en el creyente llamado por Cristo a ser «levadura» en medio de la vida social.

· *Falsa adaptación*

40. Ante la crisis general del cristianismo otros tratan de recuperar la audiencia y el prestigio perdidos, adaptando la fe a los criterios del mundo moderno. Se corre así el riesgo de configurar el mensaje cristiano desde las ideologías hoy más aceptadas, rebajar las exigencias de la fe y trasladar la salvación y la esperanza cristiana hacia el logro de metas históricas concretas.

Aprender a dialogar con la increencia actual es, sin duda, una de nuestras grandes tareas hoy, pero cuando la cultura moderna se convierte en criterio de lo que se puede o no se puede aceptar del mensaje cristiano y la fe pierde su propia

identidad, ya no tiene nada válido que ofrecer al hombre actual. La sal «se desvirtúa», la luz «se oculta». Cuando los creyentes no dicen su fe y se limitan sólo a escuchar y dejarse configurar por las ideologías ajenas, allí Cristo no está siendo anunciado.

2.- Una interpelación a nuestra fe

41. Evitando actitudes de nostalgia, posturas defensivas de refugio o falsas adaptaciones, ¿no hemos de hacer todos un esfuerzo por ver cómo nos interpela la increencia actual y escuchar qué es lo que Dios nos dice a través de ella?

· Toma de conciencia

Probablemente no hemos tomado todavía suficiente conciencia del profundo cambio producido entre nosotros ni nos damos cuenta de que previsiblemente habremos de convivir en el futuro con una increencia ampliamente aceptada y socialmente legitimada.

El divorcio que se ha abierto entre la conciencia del hombre moderno y la fe cristiana tradicional es muy hondo. La sociedad actual segrega increencia. Cada vez es menos posible una fe arropada en el ambiente o apoyada en protecciones externas.

Esto significa que cada vez será menos viable para muchos creyentes vivir su fe de manera tranquila y sin problemas, como algo que se posee de manera segura y para siempre. Más de uno sentirá que la duda, la confusión o la incertidumbre tratan de penetrar una y otra vez en su conciencia cristiana. Pertenecer a la Iglesia y confesar su doctrina no protege de la increencia de un modo absoluto y mecánico, sobre todo cuando se vive en un clima general de sospecha, descrédito, y crítica a la fe como algo incompatible ya con una vida responsable y abierta al progreso.

¿Hemos de seguir actuando en nuestras Iglesias como si nada hubiera sucedido?
¿Es lo mismo sembrar la fe y cuidarla en un clima tan inhóspito como el presente que alimentarla y hacerla crecer en una sociedad culturalmente cristiana?

· Tiempo de gracia

42. Dejando a un lado tácticas defensivas y estrategias restauracionistas que disimulen o ignoren las dificultades de fondo, hemos de enfrentarnos a la crisis con todo realismo. Pero también con fe.

Dios no está ausente tampoco ahora ni de su Iglesia ni de esta humanidad que parece darle la espalda. ¿No estaremos ante una ocasión histórica? ¿No podrá convertirse esta crisis en sal purificadora de nuestra fe? ¿No estará el Espíritu de Dios llamando a su Iglesia a una nueva y profunda conversión?

Queremos invitaros a todos los creyentes a vivir esta hora como hora de gracia y de interpelación. Por una parte, la crisis puede descubrirnos las insuficiencias de

nuestra fe, la fragilidad de nuestra religiosidad, nuestras incoherencias prácticas o la mediocridad general. Bastantes de nosotros somos, a veces, tan débiles en la fe, tan inseguros en la esperanza y tan perezosos en la caridad como muchos que se dicen increyentes.

Por otra parte, el clima de increencia nos urge a madurar nuestra adhesión a Jesucristo, descubrir más radicalmente el Evangelio y purificar nuestras formas de vivirlo para que pueda hacerse presente entre nosotros en toda su integridad, novedad y riqueza.

· *La interpelación de fondo*

43. Creernos que el momento actual nos está pidiendo antes que nada el paso de un cristianismo de nacimiento y tradición a un cristianismo de opción y elección personal.

Cuando la fe es aceptada y hasta impuesta por el ambiente social, es fácil que se rebaje, pierda autenticidad y se diluya incluso en pura costumbre social. Por el contrario, en un clima tan adverso como el actual, la fe puede hacerse más profunda y madura pues tiene que buscar su fortalecimiento no en apoyos socio-culturales sino en la adhesión firme a Jesucristo, fruto de una decisión personal madurada en la comunidad creyente.

Por otra parte, cada vez será menos posible entre nosotros una fe mediocre hecha de convicciones fáciles, cómodas y apoyadas en el ambiente general. El cristianismo está expuesto hoy a un examen cada vez más crítico. La fe del cristiano, combatida desde tantos frentes no será «algo natural y evidente». Tendrá que ser una fe probada, capaz de soportar la duda.

Todo ello significa una interpelación a nuestras formas pastorales de catequizar, iniciar en la fe, organizar la educación cristiana o alimentar a la comunidad creyente.

Necesitamos urgentemente promover una *pedagogía de la fe* entre cuyos rasgos principales destacaríamos los siguientes: Que no dé por supuesta la fe fácilmente en los que hoy se dicen cristianos, sino que sepa despertarla primero y madurarla después como adhesión personal, libre y gozosa al Dios de Jesucristo. Y que, al mismo tiempo, ayude a descubrir que la fe no es una forma inferior de conocimiento, insuficientemente fundada e incapaz de suscitar una postura responsable ante la vida, sino precisamente la manera más honda y positiva de abrirse al misterio de la existencia y enfrentarse a la vida con responsabilidad total.

3.- Llamada a la conversión

44. El Concilio Vaticano II, impregnado todo él de espíritu de renovación y conversión, nos recordaba que la Iglesia, «siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación»¹⁴.

Sería una equivocación ver en la increencia una interpelación a planteamientos y estrategias pastorales y no sentimos llamados y urgidos a una profunda conversión. El principal obstáculo para el crecimiento de la fe y el anuncio del evangelio es nuestro pecado personal y colectivo. No es extraña la advertencia de Pablo VI: Estamos necesitados de «una conversión y renovación constantes para evangelizar el mundo de una manera creíble»¹⁵.

· *Signos nuevos de credibilidad*

45. Lo que la cultura moderna está pidiendo hoy a la Iglesia son precisamente signos nuevos de credibilidad. No se trata de obtener mayor prestigio social, tal vez a cualquier precio, sino de hacer creíble el Evangelio de Jesucristo y de ser nosotros mismos creíbles cuando lo anunciamos.

No pensamos sólo en el pecado y la debilidad de cada uno de nosotros los creyentes. Sabemos que la Iglesia en su conjunto se les presenta a no pocos como una organización gravosa y complicada, excesivamente preocupada por sí misma, demasiado marcada por cuestiones periféricas de carácter ritual o legalista, esclava de servidumbres históricas y sociales que desfiguran en parte el núcleo esencial del Evangelio.

Nosotros amamos a esta Iglesia porque en ella y a través de ella hemos recibido el don de la fe, esa misma fe que hoy nos empuja a purificarla. Cargamos con su peso y sus debilidades históricas, pero no queremos rehuir la urgente tarea de su renovación y conversión. Os invitamos a haceros la misma pregunta que a nosotros nos inquieta: Lo que vivimos en nuestras Iglesias y tal como lo vivimos, ¿puede ser escuchado y acogido como Buena Noticia de Jesucristo por la sociedad actual?

· *Frutos de conversión*

46. Sabemos que aquí más que nunca sobran las palabras. Recordamos la exigencia evangélica: «Mostrad los frutos de una sincera conversión» (Lc 3,8). Sólo queremos señalaros cuatro campos en los que queremos que nuestra Iglesia dé frutos de conversión.

Sabemos la frustración de no pocos al no encontrar en algunas comunidades cristianas la posibilidad de vivir una *experiencia religiosa* suficiente sino unos servicios que fácilmente convierten a los fieles en «consumidores de religión». Si queremos ser signo viviente de la presencia de Dios, habremos de empeñarnos todos, pastores y fieles, en recuperar la hondura de las celebraciones, purificar nuestros gestos y expresiones religiosas, reflejar en nuestra vida y actitudes la imagen de Dios de Jesucristo.

Queremos también ver en nuestra Iglesia un hogar donde *se cultive todo lo humano*. «Los hombres de nuestro tiempo y de manera especial los jóvenes tienen necesidad de ver en la comunidad cristiana el signo de una vida reconciliada, justa, alegre, algo nuevo y diferente que les ayude a creer en Dios y buscar en El la autenticidad y la plenitud de sus vidas»¹⁶. Preguntaos con nosotros, ¿qué costumbres, actitudes, o reacciones impropias de un hombre

adulto, libre y responsable, se conservan o favorecen en nuestras comunidades cristianas?

Deseamos también una Iglesia en la que se pueda verificar *una fecundidad ética*, donde se acoja la voluntad de Dios no como penoso deber que se ha de cumplir, sino como la liberación verdadera del hombre de sus esclavitudes y su egoísmo frustrante. Y, sobre todo, donde los creyentes puedan nutrirse del espíritu de las bienaventuranzas e irradiarlo en la convivencia social.

Por último, no nos parece superfluo recordar que es en *el amor* donde se reconoce a los verdaderos discípulos de Jesús (Jn 15,12). Hace unos años os señalábamos que son los pobres la verdadera interpelación a la Iglesia¹⁷. Hoy os lo volvemos a recordar para que no ceda nuestro esfuerzo por hacer una Iglesia más cercana y más solidaria con los que sufren en la sociedad actual. «Sin un esfuerzo serio, renovado constantemente, para construir la fraternidad dentro de la Iglesia y establecer especiales relaciones de solicitud y ayuda con los necesitados y desvalidos, estaría privada de fundamento y carecería de credibilidad nuestra palabra acerca de Dios y de sus promesas de salvación»¹⁸.

4.- La urgencia de la evangelización

47. La crisis y el vacío que, junto a otros factores, va generando la increencia, nos urge hoy a ir dejando en un segundo plano otras actividades más secundarias para dedicar nuestros mejores esfuerzos y energías a la tarea de evangelizar.

La evangelización constituye siempre la misión fundamental de la Iglesia. Pero hoy es, además, urgencia apremiante. en esta sociedad. No hay en el mundo nada tan capaz de enriquecer y dar pleno sentido a la cultura moderna como la convicción creyente de que en el origen de todo lo que existe y al final de toda la historia humana está el Amor infinito de Dios revelado en Jesucristo.

Naturalmente, hemos de preguntarnos qué puede ser anunciar el Evangelio a hombres y mujeres que no sienten necesidad de Dios ni de salvación eterna. Aunque más adelante, hablaremos de ello con más detalle, conviene que situemos de manera general nuestra tarea evangelizadora ante la actual increencia.

· *La «preparación evangélica» de la cultura moderna*

48. Nuestra primera actitud ha de ser reconocer y estimar en su justa medida los logros humanos, las conquistas y los valores positivos que encierra la cultura moderna y que son como una preparación que podría orientar al hombre actual hacia el Evangelio de Jesucristo.

No es éste el momento de enumerarlos de manera más concreta. Más importante es captar bien la intención de fondo que se encierra en este movimiento cultural y que es la defensa del ser humano y el rechazo firme de todo lo que parece ir contra él o contra su causa. En ese rechazo echa precisamente sus raíces más profundas y nobles esa tendencia de la cultura moderna a suprimir a Dios o ignorarlo.

Las perversiones y la inhumanidad que de hecho se han producido luego históricamente no nos han de distraer de esa intención fundamental, del mismo modo que el pecado histórico de las Iglesias cristianas no debe ocultar la intención real de su mensaje.

Es precisamente en ese interés por el hombre y su máxima realización donde se hace posible el encuentro de la increencia moderna y la fe cristiana. Si la increencia rechaza a Dios es porque rechaza todo lo que le parece negar al hombre. Pero, eso es precisamente lo que busca o debe buscar toda fe auténtica ya que el cristianismo no tiene otra razón de ser que la afirmación del hombre, su salvación plena y total.

La consecuencia de todo esto es muy clara: evangelizar el mundo de la increencia moderna es mostrar de la manera más convincente y real que el Dios de Jesucristo es Buena Noticia para el hombre porque sólo quiere y busca para él su realización plena. Por eso, tal vez, la cuestión más decisiva para el futuro de la fe entre nosotros será el comprobar si el hombre es más humano cuando se le «diviniza» y se le deja solo, como dueño y señor de su existencia, o cuando aprende a vivir desde la fe en el Dios liberador de Jesucristo. Es aquí donde los creyentes nos hemos de sentir urgidos a «evangelizar».

· La necesidad de salvación

49. Dios y el hombre no se excluyen. Al contrario, sólo en Dios alcanza el hombre su afirmación. Por eso, cuando la cultura moderna corta al ser humano de su radicación en la profundidad del Trascendente, el hombre corre el riesgo de perderse. Es entonces cuando «el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio»¹⁹.

De hecho, el hombre increyente actual se nos muestra profundamente necesitado de sentido, esperanza y liberación.

50. Podemos pensar que sólo existe aquello que nuestra ciencia puede verificar. Pero la realidad y el mismo ser humano es mucho más que lo que las ciencias dicen de él. A pesar de todo el desarrollo científico y tecnológico, nos seguimos moviendo en una «ignorancia existencial» profunda. El hombre trata de explicarlo todo, pero no consigue explicarse a sí mismo. Trata de conocerlo y dominarlo todo, pero sabe que no puede conocer ni dominar el origen, el sentido ni el destino último de su existencia. Se diría que el progreso moderno no ha hecho sino agigantar su necesidad de ser iluminado por otra luz.

51. Podemos seguir alimentando nuestra vida pragmáticamente de todo aquello que nos parezca útil para satisfacer nuestras necesidades. Pero el hombre necesita nutrir su conciencia de otro pan. Cuando los problemas inmediatos se van resolviendo y surgen siempre otros nuevos, tal vez más graves y amenazadores para la humanidad, retorna de nuevo el interrogante sobre las metas a las que puede aspirar el hombre. Es el problema eterno de la esperanza. ¿A dónde vamos con todo nuestro desarrollo? ¿Estamos seguros de lo que queremos? ¿Sabemos orientar todo nuestro poder hacia nuestro bien? Pero,

¿sabemos siquiera cuál es nuestro último bien? De alguna manera, el actual desarrollo parece estar agudizando la necesidad de una meta final para el hombre.

52. Por otra parte, a pesar de todos los esfuerzos humanistas, no parece que el hombre consigue ser más hombre. Al contrario, queda con frecuencia despojado de su humanidad, reducido a puro instrumento, desplazado por el proceso de tecnificación que él mismo ha puesto en marcha, prisionero de su propio poder. Dos sentimientos se entremezclan hoy en la red de humanismos que pueblan la cultura moderna: el sentimiento del poder del hombre y una angustiosa inseguridad.

Una pregunta decisiva comienza a crecer desde, el interior de ese enorme *poder* adquirido por el hombre moderno. Poder, ¿para qué? Es decisivo saber si ese poder va a servir para construir una verdadera humanidad o para destruirla. En medio de su poder, el hombre actual se encuentra en radical impotencia para resolver las cuestiones decisivas de la vida como la culpa, el sufrimiento y la muerte. Al contrario, puede aumentarlas y agudizarlas. Además de poder, ¿no necesita este hombre *la confianza* en algo que le trascienda a sí mismo, le permita disponer debidamente del mundo y le ayude a encontrarse con su propio bien?

No es extraña pues *la angustia e inseguridad* del hombre actual. En el fondo sabe que puede errar su destino y perderse. Pero la angustia no puede ser superada nunca desde sí misma. ¿No necesita el hombre actual abrirse a *la fe* en una realidad mayor que él? ¿No sería todo distinto si se enraizara de nuevo en el Absoluto y orientara toda su ciencia, su técnica y su poder adhiriéndose a ese Dios de Jesucristo que sólo busca su plena realización? ¿No necesita que en medio de tanta amenaza brille por fin esa promesa de verdadera salvación?

Es aquí donde los creyentes hemos de sentirnos urgidos a la evangelización. Pues alguien ha de mostrar de manera persuasiva que creer en Dios significa mantener la inquietud por la verdad última sin contentarse con la apariencia empírica de las cosas, buscar la salvación total sin quedarse satisfecho con una vida fragmentada, amar la vida hasta el final religándola con el Trascendente.

5.- El servicio al hombre

33. Tal vez ahora podamos comprender mejor que la crisis actual está invitando a la Iglesia a encontrar de nuevo en el servicio al hombre su verdadero lugar. Lugar que, por otra parte, nunca puede abandonar sin traicionar al Evangelio.

En realidad no nos encontramos hoy sólo ante una crisis religiosa sino ante una «crisis de civilización». No es el creyente sino el hombre quien está amenazado. La crisis de fe emerge de una cultura ella misma en crisis. El hombre actual no sólo duda de Dios. Duda también de sí mismo, de su propio progreso, de la libertad que él mismo pueda conquistar, de la paz que pueda asegurar o la felicidad que pueda alcanzar.

Estamos pues en un punto crítico en el que la civilización pide ser rectificada y corregida de manera esencial. Una «conversión humanista», se está haciendo cada vez más necesaria. ¿Hacia dónde?

Los cristianos creemos que la fe en el Dios de Jesucristo es el mayor estímulo que el hombre moderno puede encontrar para esa conversión salvadora que necesita. La fuerza más eficaz para corregir los errores y combatir todo lo que hoy destruye y amenaza al hombre.

Sería un grave error que los creyentes y la Iglesia en general adoptáramos en estos momentos una postura interesada y de cortos horizontes. No es el momento de pensar sólo en el futuro de nuestra pastoral, nuestra organización o nuestras vocaciones. Ello podría significar que también nosotros estamos cediendo inconscientemente a la mentalidad pragmática del momento, actuando de manera puramente utilitarista y buscando nuestra seguridad inmediata dentro del mundo contemporáneo.

Sólo una Iglesia sinceramente interesada por el hombre y volcada a su servicio puede evangelizar hoy en medio de la increencia. Ahí se va a decidir también, en gran parte, la credibilidad de nuestra Iglesia. Si los creyentes no somos capaces de mostrar eficazmente que la fe en Dios es capaz de ir transformando y humanizando la sociedad, los cambios y la orientación general de la cultura se irá configurando bajo el signo del ateísmo y la increencia.

VI.- CREER EN TIEMPOS DE INCREENCIA

54. Ya el hecho de vivir entre increyentes, muchas veces amigos y familiares, cuestiona la propia fe. Pero, sobre todo, el clima general de increencia que erosiona la fe de tantos puede perturbar también la nuestra.

Por ello hemos de preguntarnos cómo hemos de vivirla en medio de una increencia ambiental y cuáles han de ser hoy sus rasgos más característicos. Tal vez descubramos que la crisis actual puede ser estímulo para madurar en nosotros una adhesión más fiel al Dios de Jesucristo.

1.- La fe, eje y centro de la vida

55. Bastantes consideran hoy la fe como un refugio para quienes no saben o no se atreven a aventurarse por los entresijos de la vida moderna. El tranquilizante barato para los atemorizados por la vida, los desanimados, los que buscan alivio y consuelo. No queremos ocultar que nosotros mismos creemos ver en ciertos brotes de pesimismo, acobardamiento, intolerancia, doctrinarismo, segregacionismo, signos de una fe deformada que no es ya fuente fecunda y gozosa de vida.

· Fe que hace vivir

56. La fe sólo es verdadera cuando se convierte para el creyente en centro y eje de su vida, en estructura primordial de su existencia y no un añadido artificial que puede tener más o menos importancia pero de lo que, en definitiva, se podría prescindir.

El verdadero creyente sabe apreciar y valorar muchas cosas de la vida, tal vez como pocos, pero en realidad «vive de su fe» (Rm 1,17). De ella brotan los impulsos, los estímulos, y todo aquello que se despliega luego en un proyecto de vida.

Quien dice tener fe en Dios pero en realidad cree más en el dinero, el bienestar o la propia ideología, pronto se descubrirá increyente. No vivirá de la fe. Es el dinero, la moda o «el sistema» los que viven en él. Lo que necesitamos cultivar y madurar hoy es una fe que capacite al creyente para integrar, orientar y fecundar la totalidad de la existencia.

· *Fe personalizada*

57. Una fe así sólo puede brotar de una opción personal libre y gozosa. De una conversión radical del corazón a Dios. La conversión de quien ha descubierto el «verdadero tesoro», lo único necesario, lo decisivo, aquello desde donde todo puede cobrar sentido, orientación y esperanza. Así decíamos los Obispos reunidos en Conferencia Episcopal no hace mucho: «El crecimiento de la fe y de la vida cristiana, y más en el contexto adverso en que vivimos, necesita un esfuerzo positivo y un ejercicio permanente de la libertad personal. Este esfuerzo comienza por la estima de la propia fe como lo más importante de nuestra vida»²⁰.

La fe no es simplemente algo que se tiene y que, por lo tanto, unos la poseen y otros no. La fe es una relación viva y personal con Dios que se profundiza, crece y madura. Por ello, nadie ha de apresurarse a considerarse felizmente creyente por el simple hecho de someterse dócilmente a las fórmulas de fe y observar fielmente las prácticas obligadas. La fe del creyente no termina en las fórmulas dogmáticas ni en las prácticas, rituales, sino en el Dios vivo, y verdadero.

Cuando la fe no es esta apertura personal a Dios deja de ser crecimiento interior, renacimiento constante, expansión en la vida. Al contrario, puede convertirse de hecho en una postura cómoda que dispensa de la pesada tarea de buscar y decidir el sentido de la existencia.

La crisis actual puede ser demoledora para quienes no vivan su fe como fruto de una decisión personal y de una conversión arriesgada y permanente. Hoy será cristiano sólo aquél que quiera serlo pues hay otras muchas maneras de enfrentarse a la vida. El mero hecho de no decidirse a ser creyente de verdad es ir dejando poco a poco de serlo. A todos se nos hace la llamada: «No seas increyente. Ten fe» (Jn 20,27).

Por ello creemos que el primer objetivo que ha de perseguir hoy la acción catequética y la educación de la fe en general es esa decisión y conversión personal a la fe.

2.- Fe vivida y experimentada

58. La crisis actual nos urge también a cuidar otro aspecto de la fe bastante olvidado a veces por los cristianos. No bastan las instituciones ni bastan los ritos, las prácticas o las confesiones de fe para vivir con fuerza la entrega personal a Dios. Es necesaria «la experiencia religiosa».

· *Creer en Jesucristo*

La fe no es sólo creer algo, sino antes y sobre todo creer en el Dios revelado en Jesucristo. En realidad, la fe crece, se purifica y se robustece en nosotros en la medida en que somos capaces de escuchar y acoger a Jesucristo. Él es quien «inicia y consuma nuestra fe» (Hb 12,2).

Por ello, lo más importante también hoy para ser creyente no es conservar «un depósito de doctrinas» defendiéndolas contra el asalto de nuevas ideologías tal vez para muchos más actuales e interesantes. Lo realmente decisivo es encontrarse con el Dios de Jesucristo y descubrir por experiencia personal que Él es quien puede responder de manera plena a las preguntas más vitales, los anhelos más hondos y las necesidades últimas. Poder decir como S. Pablo: «Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe» (2 Tm 1,12).

Es una equivocación eludir a Dios parapetándonos tras nuestros prejuicios, dudas o escepticismos. Lo honesto y responsable es «buscar su rostro» y escuchar sus llamadas.

Necesitamos más que nunca orar, hacer silencio, curarnos de tanta prisa, detenernos ante Dios. La experiencia de la oración individual y comunitaria nos ayudará a liberarnos de nuestro vacío interior, a criticar nuestra increencia y a abrimos con más sinceridad al misterio del Dios vivo.

Os invitamos de manera particular a acercaros más asiduamente a la Palabra de Dios. Para el creyente abrir la Biblia no es leer un libro sino escuchar a Alguien que pone luz y esperanza en su vida.

De poco servirá hoy a muchos confesar rutinariamente sus creencias cristianas si no conocen la experiencia de esta comunicación con Dios cálida, gozosa y revitalizadora. Al contrario, los que la hayan experimentado podrán decir también hoy con Pedro: «Señor, ¿dónde vamos a ir? En tus palabras hay vida eterna» (Jn 6,68).

· *Acoger al Dios gratuito*

59. El pragmatismo que impregna nuestra cultura rebajando y pervirtiendo incluso la experiencia religiosa nos obliga a recordar que a Dios hemos de buscarlo más allá de lo útil o lo inútil.

Cuando el creyente se agarra a un Dios «tapahuecos» que le viene a solucionar sus carencias o insuficiencias mundanas, corre el riesgo de quedarse un día sin «dios». Pues ese «dios» irá retrocediendo y retirándose de su vida en la medida en que la ciencia o la técnica le vayan resolviendo los problemas.

Pero el Dios vivo y verdadero no pertenece a la red de necesidades y soluciones inmediatas en las que se mueve el hombre pragmático de la actual cultura. La experiencia religiosa se sitúa a otro nivel: en la acogida a un Dios gratuito que consolida y da sentido a todas las dimensiones de la existencia. Un Dios gratuito que, sin resolvernos los problemas «prácticos» de cada día, nos hace más humanos, más libres, más capaces de amar, vivir y crear.

La crisis actual ha de enseñarnos así a vivir la fe en Dios bajo el signo de la gratuidad. En este momento en que Dios parece retirarse de todos los ámbitos que el hombre va conociendo y controlando, nosotros hemos de buscarlo como «misterio del mundo» y fuente gratuita de nuestro ser. En Él encontraremos esa salvación eterna y definitiva que los hombres anhelamos y que no nos la podemos dar a nosotros mismos en esta vida terrestre.

Ello exige que en nuestras comunidades sepamos valorar, cuidar y purificar la experiencia religiosa. Sin una celebración viva de la fe, sin una oración vivida como experiencia regular y como diálogo donde sucede algo real entre Dios y el hombre, la fe de muchos no podrá subsistir.

3.- Fe probada

60. De la actual crisis puede emerger una fe más lúcida y purificada, que sabe discernir mejor lo esencial y válido, y abandonar lo que es inauténtico y falso.

· La prueba de la duda

«¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón?» (Lc 24,38). El creyente de hoy podría responder enumerando todo un conjunto de razones y factores. ¿Qué hacer ante la duda de la fe?

Antes que nada, hemos de recordar que muchas de nuestras dudas, aunque percibidas hoy con sensibilidad especial, son dudas de siempre, que han asaltado a creyentes de todos los tiempos. El hombre se apoya en Dios como en su fundamento y «todo lo que funda es oscuro». El misterio último del mundo y de la vida se nos escapa. La razón comprende que no puede comprender.

Pero no hemos de olvidar que el valor de la fe depende sobre todo de la verdad de nuestra relación con Dios. Y no es necesario que hayamos resuelto todos nuestros interrogantes y dudas para vivir en verdad ante Él. «Todo el que es de la verdad escucha su voz» (Jn 18,37). Se puede ser creyente y no ser capaz de formular con certeza determinados aspectos del contenido de la fe. Como se puede también afirmar ligeramente los diversos dogmas cristianos y no vivir entregados a Dios en actitud de fe.

Queremos recordar a todos que «querer creer» es ya una manera humilde pero auténtica de creer. Lo más honesto que podemos hacer entonces es buscar el rostro de Dios, no cerrar ninguna puerta, no permanecer sordos a ninguna llamada. Buscar y orar: «Señor, creo, pero socorre Tú mi falta de fe» (Mc 9,24).

Una cuestión inquietante. ¿Quién acompaña en nuestras comunidades a los creyentes vacilantes y acosados por la duda? ¿A dónde pueden acudir en sus momentos de crisis? ¿Qué acogida encuentran en los pastores? Os invitamos a quienes animáis las comunidades cristianas y vivís entregados a la educación de la fe que reflexionéis sobre este problema.

Preguntaos si no hemos de promover verdaderos procesos catecumenales capaces de acoger y acompañar a quienes buscan de nuevo a Dios. Animaos

también a potenciar una pastoral más diversificada y adaptada a las diferentes situaciones de fe de las personas. ¿Se debe ofrecer de manera indiferenciada un mismo plan de educación de la fe a todos los jóvenes, incluso a los que han caído en la duda total o la indiferencia? ¿Hemos de catequizar de la misma manera a niños creyentes y a niños sin experiencia religiosa alguna?

· *Purificar la fe*

61. La cultura moderna puede desintegrar la fe de bastantes pero puede también purificarla de manera radical.

Recordábamos que el desarrollo científico y tecnológico nos ha hecho ver con más nitidez que la salvación que Dios ofrece no está en el mismo plano que la técnica y las necesidades que ella resuelve.

El agnosticismo moderno, por su parte, nos ha obligado a captar mejor la «incomprensibilidad de Dios» que no se deja atrapar por nuestra razón. Dios es «siempre mayor». No podemos disponer de Él. Sólo abrimos a su misterio, adorarlo, acogerlo.

La afirmación apasionada del hombre que está en el corazón del ateísmo moderno nos está empujando, por su parte, a no olvidar que el Dios verdadero - y, naturalmente, sus creyentes- está siempre junto al hombre y contra el mal. Allí donde el hombre es negado se niega también al Dios encarnado en Jesucristo.

También el encuentro con otras religiones puede enriquecer nuestra adhesión al Dios revelado en Jesús, ya que, por una parte, nos ayudan a estimar mejor valores realizados en la tradición cristiana y, por otra, nos descubren valores religiosos que en otras tradiciones ocupan un lugar eminente y en la nuestra han sido demasiado relegados.

Somos muy conscientes de que esta fe lúcida, crítica y purificada sólo es posible cuando existe una educación cristiana sólida, acompañada de un diálogo honesto con la cultura moderna. Sabemos que no es tarea fácil. Por eso queremos agradecer a teólogos, educadores de la fe, profesores de religión y catequistas el servicio que realizáis.

Seguid ahondando en el contenido auténtico de la fe en comunión con la Iglesia y sin dar la espalda al hombre de hoy. No decaigáis en el empeño de ir elaborando una nueva síntesis de la fe para nuestros días. Tal vez sin saberlo, estáis siendo desde ahora «misioneros de las generaciones futuras»²¹.

4.- Fe compartida en comunidad

62. Conocemos la actitud de bastantes que quieren ser «cristianos sin Iglesia» y pretenden vivir su fe sin vinculación alguna con ninguna comunidad concreta. Tarde o temprano descubrirán que no es posible una verdadera fe sin Iglesia.

· *Necesidad de comunidad*

La fe no es una opción individual que se vive en solitario. Ser creyente es incorporarse a una comunidad, compartir la fe con otros creyentes, formar la Iglesia de Jesucristo.

Por muy personal que sea, la fe se alimenta, se purifica y se enriquece en el seno de esa Iglesia. Sólo en su interior se enraiza el creyente en el Evangelio, se nutre en la tradición apostólica y se expresa en un lenguaje común. Los símbolos de la fe, los sacramentos, la celebración, la asamblea cristiana son «el hogar» donde crece la fe de cada creyente.

Pensamos de manera especial en el ambiente cristiano de la familia. Cuando falta esa «Iglesia doméstica», difícilmente puede ser suplida de manera adecuada.

Los padres creyentes no debéis olvidar que vosotros sois también hoy los primeros responsables de suscitar, cuidar y alimentar la fe de vuestros hijos con vuestro testimonio, vuestra palabra y vuestra conducta concreta. Tened presente que, con frecuencia, al niño que no ha aprendido desde sus primeros años a orar y tener «un sentido de Dios» no le es fácil más tarde descubrir el gozo de creer.

Por otra parte, tuvimos ocasión de hablaros extensamente de la comunidad cristiana en nuestra Carta Pastoral de 1983²². Hoy queremos recordaros una doble preocupación que ya entonces os manifestábamos. Por una parte, esas comunidades excesivamente grandes y anónimas, demasiado inertes para ser hogar y soporte de una fe viva. Por otra, esos grupos y comunidades que se cierran excesivamente sobre sí mismos con el riesgo de convertirse en «ghetto» eclesial estéril.

Lo que necesitamos es comunidades vivas y abiertas que no incapaciten al creyente para vivir en medio de esta cultura, sino que lo estimulen y sostengan en su testimonio y confrontación con ella. Por ello, vemos con gozo los esfuerzos comunitarios, experiencias, tanteos y rectificaciones que se van haciendo en el interior de nuestras parroquias y comunidades cristianas. Construir esas comunidades vivas de fe ha de ser un objetivo irrenunciable en estos tiempos de increencia.

· *Celebrar el domingo*

63. Queremos recordaros también que la fe de los creyentes se alimenta semana tras semana de la celebración del domingo.

Es el día del Señor. El día en que los cristianos dejamos nuestros trabajos y ocupaciones y constituimos visiblemente la comunidad cristiana. El día en que celebramos la Eucaristía y comulgamos del cuerpo del Resucitado. El día en que escuchamos el Evangelio de Jesucristo. El día de la alegría y la esperanza.

Celebrar el domingo, más que una obligación privada e individual de cada uno, es deber y misión de toda la Iglesia, llamada a ser testigo de la esperanza cristiana en medio de los hombres. Sin esa celebración, semana tras semana, su fe se debilitaría, su testimonio se oscurecería.

Los cristianos celebramos la Eucaristía cada domingo porque necesitamos alimentar nuestra fe y anunciarla. Como decían los primeros creyentes: «Nosotros no podemos vivir sin celebrar el día del Señor». Quienes se alejan de esta asamblea dominical corren el riesgo de debilitarse en su fe y olvidar la esperanza.

Queremos animar a los pastores de las comunidades parroquiales a cuidar más el domingo estudiando y desarrollando todas las posibilidades que ofrece su celebración. Para muchos cristianos, dispersos en el ambiente increyente de la sociedad, el domingo puede ser la experiencia fundamental donde se alimenta su fe.

Por ello mismo, pastores y educadores de la fe hemos de hacer un esfuerzo mayor por lograr una vinculación más firme de los creyentes, especialmente jóvenes a la Eucaristía dominical. Educar para la perseverancia a las nuevas generaciones exige vincularlas a la asamblea dominical. Sin esa experiencia semanal, la fe de muchos probablemente perecerá.

5.- Fe encarnada en el mundo

64. No son pocos los que, de manera más o menos consciente, viven su fe de espaldas al mundo moderno. En el fondo, tal vez piensan que en esta sociedad sólo hay sitio para una religión privada e intimista.

Hemos de recordar una y otra vez que una fe que empuja a los creyentes a huir del mundo e, incluso, a despreciarlo, no es la fe en ese Dios que «ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único» (Jn 3,16). Si en Jesucristo Dios se nos revela como Alguien que ama al mundo y viene a él para salvarlo, nosotros no podemos creer en ese Dios odiando el mundo y huyendo de él.

Pero hemos de decir, además, que esa «huida» de los creyentes a su mundo individual y privado deja al mundo actual sin «la luz» que lo podrían iluminar, sin «la sal» que lo podría sazonar, sin «la levadura» que lo podría fermentar.

No es necesario apartarse del mundo para encontrarse con Dios. Es en lo más entrañable de esta vida donde hemos de descubrir su presencia salvadora que pone sentido y esperanza en nuestra existencia.

¿Sabemos los creyentes vivir la fe encarnada en la vida diaria, en el trabajo y la fiesta, en el cuerpo y la sexualidad, en las relaciones y la convivencia, en la actividad intelectual o la creación artística, en el encuentro con la naturaleza?

Y, sin embargo, una fe que no se encame en la historia y se amase en las experiencias del hombre moderno, que no estime los valores nuevos que también hoy emergen en la humanidad, que no responda a las aspiraciones y necesidades más humanas, ¿podrá ser percibida como Buena Noticia? ¿Tendrá futuro entre nosotros?

Os invitamos a todos a que os preguntéis qué actitud se promueve y se vive en nuestras comunidades cristianas de cara al mundo actual. ¿Resuena en nuestras

celebraciones la experiencia y la realidad de los hombres y mujeres de hoy?
¿Está nuestra fe impregnada de los sufrimientos y necesidades de la humanidad actual? ¿Nos sentimos participando fraternalmente de este mundo solidarios con todos los hombres, compartiendo sus luchas y su destino?

6.- Fe confesante

65. Son bastantes los creyentes que viven hoy su fe de manera vergonzante. Acobardados por un ambiente inhóspito e, incluso, hostil, ocultan permanentemente su fe, sin expresar nunca ante nadie aquello que da sentido a su existencia cristiana.

En algunos sectores cristianos se ha pasado en estos años de una actitud apologética segura y hasta agresiva a una postura de cierto complejo de inferioridad, como si en estos momentos no tuviéramos los creyentes nada válido que aportar.

Sin embargo, la fe no se vive clandestinamente, a escondidas. La fe no puede quedar siempre en algo que se supone y se silencia. El creyente vive su adhesión al Dios de Jesucristo en el interior de su corazón pero lo confiesa con sus labios (Rm 10,9). «Es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino, sin convertirse en alguien que, a su vez, da testimonio y anuncia»²³.

Esta dimensión confesante de la fe es hoy más necesaria que nunca. En unos tiempos en que tanto se habla de autenticidad y solidaridad, sería un contrasentido que los creyentes ocultáramos a, los demás nuestras convicciones más profundas, las que ponen luz y esperanza en nuestras vidas. Al contrario, hemos de estar «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza» (1 P 3,15).

Ni cristianos proselitistas y conquistadores ni creyentes vergonzantes. Entre el cristiano intolerante y agresivo y el cristiano acomplejado está el hombre de fe y de diálogo que sabe confesar su actitud creyente de manera respetuosa pero convencida.

Hoy más que nunca son necesarios creyentes cautivados por Jesucristo, que confiesen su fe públicamente ante todas las instancias y poderes del mundo, en todos los ambientes y zonas de lo humano. Cristianos que digan con su vida y con sus labios que la vida puede ser vivida con otra dignidad y confianza, que la salvación es posible, que nuestra existencia tiene futuro, que se puede incluso morir con esperanza.

Os invitamos a todos a que os preguntéis qué hemos de hacer para promover una Iglesia más confesante, cómo hemos de educar nuestra fe para ponemos «en estado de confesión», cómo superar inercias y cobardías que amordazan el testimonio creyente.

Tal vez todos podemos dar ya algunos pasos. Muchos de nosotros convivimos o tenemos contacto con familiares y amigos que se han ido distanciando de la fe. ¿Por qué les hemos de ocultar tanto nuestra experiencia creyente, nuestras

convicciones y las motivaciones que animan nuestra fe? ¿Por qué los padres cristianos han de renunciar tan fácilmente a expresar y testimoniar su fe ante sus hijos? ¿Por qué los educadores y profesores cristianos han de ocultar su identidad mientras otros alardean de su ateísmo? ¿Por qué hemos de silenciar los creyentes nuestra visión cristiana de la vida cuando otros manifiestan públicamente su actitud increyente?

VII.- EVANGELIZAR EN TIEMPOS DE INCREENCIA

66. No hemos de preguntarnos solamente cómo vivir la fe en tiempos de increencia sino cómo anunciarla. ¿Es posible evangelizar hoy? ¿Cómo hacer presente en medio de la increencia esa fuerza salvadora que se encierra en Jesucristo?

También nosotros, como Pablo VI, sentimos en nuestras Iglesias diocesanas «la necesidad urgente de dar a tal pregunta una respuesta leal, humilde y valiente, y obrar en consecuencia»²⁴.

1.- La tarea evangelizadora hoy

De manera más o menos consciente han podido pensar algunos que la Iglesia no tiene en estos momentos ninguna Buena Noticia que aportar al mundo contemporáneo. Calladamente se retiran total o parcialmente de una actitud evangelizadora, en espera tal vez de tiempos mejores.

Conscientes de nuestra responsabilidad de animar y dirigir a nuestras Iglesias según el Espíritu de Cristo, queremos recordaros a todos que también hoy «evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»²⁵. Estamos persuadidos de que, sólo si sabemos promover con lucidez y coraje la tarea evangelizadora, encontraremos, en estos tiempos difíciles para la fe, nuestra dicha y nuestra identidad más profundas.

· Recuperar la conciencia evangelizadora

67. Durante mucho tiempo han venido funcionando entre nosotros los mecanismos que tradicionalmente servían para «transmitir» la fe. Los sacerdotes predicaban a los fieles, los padres educaban cristianamente a los hijos, los catequistas y profesores de religión enseñaban la doctrina cristiana a sus alumnos. Parecía suficiente. Todos se consideraban cristianos y no se sentía la necesidad de una acción realmente evangelizadora.

Poco a poco, las comunidades cristianas se fueron polarizando así en los servicios y la atención a los practicantes, perdiendo dinamismo misionero y abdicando cada vez más de la tarea evangelizadora. Bastaba la acción cultural para que los cristianos practicasen su religión, y la pastoral catequética para «enseñar» la fe a las nuevas generaciones.

La crisis actual puede ser hora de gracia y estímulo que nos despierte de la inercia para recuperar la conciencia evangelizadora y redescubrir otra vez nuestra verdadera misión en el mundo.

Cada vez con más clarividencia vamos tomando conciencia de que el reto más importante al que se enfrentan hoy nuestras Iglesias diocesanas es el paso de una Iglesia de cristiandad a una Iglesia en estado de misión. ¿Seguiremos ocupándonos únicamente de una pastoral intraeclesial que se esfuerza por defender y asegurar la vida de los creyentes integrados en la comunidad, o seremos capaces de promover también una acción evangelizadora que haga presente en medio del mundo actual la fuerza salvadora de Jesucristo?

· *Aprender a evangelizar*

68. «La evangelización debe contener siempre como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios»²⁶. Jesucristo es el núcleo y quicio de toda acción evangelizadora.

Pero, ¿cómo anunciar a Cristo a hombres y mujeres que, habiendo oído hablar de Él, hoy le dan la espalda? ¿Cómo hacer creíble el Evangelio a personas que lo rechazan después de haber escuchado, de alguna manera, su mensaje? Sobre todo, ¿cómo presentar la salvación cristiana a quienes no parecen necesitarla?

Tal vez nuestra primera tarea, humilde pero urgente en estos momentos, es aprender a evangelizar. Aprender a poner en marcha esa «segunda evangelización» que reclama esta sociedad, un día tradicionalmente cristiana y hoy indiferente en gran medida ante el Dios de Jesucristo. Nos falta experiencia. No nos resultará fácil desprendernos de actitudes y esquemas de actuación propios de una situación de cristiandad. Acostumbrados a presentar nuestra fe a personas que la aceptaban de antemano, no sabemos cómo dialogar con los incrédulos.

El camino será largo. No hay fórmulas fáciles. Es necesaria la colaboración responsable de todos los que os sintáis creyentes. Nosotros queremos, por nuestra parte, presentaros algunas líneas de fuerza que nos ayuden a abrir caminos nuevos de evangelización. Lo hacemos inspirándonos en el Concilio Vaticano II cuyo mensaje y espíritu os urgimos a conocer mejor y llevar a la práctica de manera decidida.

Escuchad su llamada. «El Concilio, testigo y expositor de la fe en todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar»²⁷. ¿Hacia dónde orientar nuestros esfuerzos?

2.- Testigos de la fe

69. Estamos persuadidos de que lo primero es tomar conciencia clara de que evangelizar hoy en medio de la increencia es primordialmente ser testigos de la fe. Este testimonio

es «un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización»²⁸. Sin él la evangelización queda privada de una fuerza de verificación hoy insustituible.

La fe ya no es transmitida como formando parte del patrimonio cultural, social o familiar. Los gestos sacramentales y la vida religiosa en general, sólo puede ser captada desde dentro por aquéllos que son ya creyentes. Por otra parte, difícilmente se orientará hacia Dios el increyente sólo por la autoridad del magisterio eclesiástico o la escucha de un discurso religioso.

Para el hombre que respira la increencia moderna nada es más decisivo para la fe que encontrarse con el testimonio de unos creyentes que la viven responsable y gozosamente. Los gestos más asequibles para él no son los sacramentales, el lenguaje más inteligible no es el religioso. Lo que primero puede captar son los gestos y el lenguaje hecho de vida humana digna, liberada, comprometida, esperanzada.

· *El testimonio de cada creyente*

70. Cada creyente se ha de convertir en testigo viviente de su fe. «El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez»²⁹. Este testimonio no brota en primer término del

deseo de incrementar las filas de la Iglesia. No se trata tampoco de proponerse «ser testigo» como un compromiso que se añade ahora a la fe.

El verdadero testimonio brota de manera espontánea y sencilla de la misma experiencia de la fe cuando ésta es vivida con fidelidad y responsabilidad gozosa. No se puede creer de verdad sin sentir necesidad de anunciar esa fe. Cada uno ha de contar «lo que le ha pasado en el camino» (Lc 24,35).

El momento actual nos permite, por otra parte, dar este testimonio de fe con menos ambigüedad que nunca, sin el apoyo de la cultura ni el recurso a la tradición social, enraizados en la experiencia desnuda de la adhesión a Jesucristo.

Pero no cualquier manera de vivir la fe evangelizará hoy esta sociedad increyente. Los cristianos habremos de mostrar con nuestra vida que Dios no es «rival del hombre» ni enemigo del gozo y la grandeza humana, sino el mejor amigo de la vida y el mayor defensor del ser humano.

Tendremos que probar día a día que nuestra confianza total en un Dios Padre no nos lleva a vivir de manera infantil e inmadura. Que la fe no «desresponsabiliza» sino que hace vivir de manera más radical e incondicional la responsabilidad ante la vida y ante el hermano.

Tendremos que demostrar con nuestro comportamiento práctico que no se puede tomar en serio a Dios sin tomar en serio al hombre. Que no se puede acoger el Reino de Dios sin comprometerse a construir una sociedad humana cada vez más fraterna, justa y solidaria.

· *El testimonio de la comunidad*

71. Pero no basta el testimonio de cada creyente. Es toda la comunidad cristiana la que ha de mostrar la fuerza humanizadora y transformadora que posee la fe en Dios cuando es vivida de manera responsable y fiel por un grupo humano. No hemos de olvidar que nosotros hablamos con frecuencia de un cristianismo ideal mientras las gentes ven el cristianismo real de las comunidades que tienen ante sus ojos.

Esas comunidades serán hoy evangelizadoras si realmente son factor de convivencia y vida más humana en nuestros pueblos y barrios. Si son lugares donde se promueve la solidaridad, la búsqueda de paz, la sana austeridad, la ayuda al necesitado, el diálogo, el perdón, la esperanza y tantos valores que parecen olvidarse en la sociedad actual.

Por ello, lo más decisivo no es la organización y actividad pastoral. Lo realmente evangelizador es la calidad de vida evangélica que esa comunidad puede irradiar. Vida evangélica que debe reflejarse con mayor claridad en quienes toman parte más activa en los proyectos, servicios y responsabilidades de la comunidad.

Sabemos que nuestras comunidades sólo podrán evangelizar hoy si ellas mismas son evangelizadas: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y, comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios, inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar «las grandezas de Dios» que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por Él. La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio»³⁰.

3.- En diálogo con la increencia

72. Junto al testimonio de la fe, la evangelización está exigiendo hoy esa actitud dialogante que el Vaticano II quiso introducir en la Iglesia de nuestros días. No es el miedo ni la condena, la indiferencia o el desprecio los que nos ayudarán a descubrir hoy los verdaderos caminos de la evangelización, sino el diálogo lúcido y paciente.

· Actitud dialogante

Cualquier proyecto evangelizador quedará hoy fácilmente desvirtuado si está animado por una actitud polémica o no sabe respetar debidamente la conciencia y los valores de cada persona. Cualquier anuncio del Evangelio perderá su fuerza salvadora si pretende utilizar la fuerza, el poder o la coacción para imponerse. Una propuesta autoritaria del Evangelio como amenaza y condena más que como oferta de salvación no ayudará al hombre actual a abrirse al Dios de Jesucristo.

Creemos más bien que la evangelización puede hoy brotar allí donde se crea una actitud amistosa y dialogante. Actitud que sólo es posible cuando los creyentes sabemos compartir los problemas e interrogantes del hombre de hoy sin colocarnos secretamente al margen o por encima de los que no creen.

El increyente no podrá por lo general escuchar un mensaje de salvación si percibe en nosotros arrogancia, secreta superioridad e incapacidad para compartir y comprender su punto de partida, sus preguntas y su búsqueda.

No deberíamos olvidar los cristianos que, tal vez, sólo cuando percibimos humildemente la dosis de increencia e infidelidad que habita nuestro propio corazón, nos disponemos al diálogo sincero con aquél que busca a Dios «a tientas» y sin quizás él mismo saberlo.

· *El punto de encuentro*

73. Pero, antes de poner en marcha experiencias nuevas de diálogo y evangelización, hemos de hacernos una pregunta clave. ¿Dónde establecer el contacto con unos hombres y mujeres que ya no tienen «oídos para lo religioso»? ¿Dónde encontrar un terreno común para él. diálogo con aquéllos que no se interesan siquiera por el planteamiento de Dios?

Sin duda, el verdadero punto de encuentro de todos, creyentes e increyentes, es el hombre. La preocupación por el hombre, por sus necesidades, sus aspiraciones y su futuro es la plataforma común donde también los no creyentes pueden sentirse interesados por el proyecto de la fe, interpelados por sus exigencias y promesas, conducidos a la pregunta que la hace posible.

Desde esa preocupación sincera por el hombre actual, hemos de escuchar los creyentes la interpelación y la crítica que nos hace hoy la increencia.

Desde ahí hemos de tratar de comprender sus ideologías, sus símbolos, su lenguaje, su comprensión del hombre. Desde ahí hemos de estimar valores y aspiraciones profundamente positivos incluso para la vivencia de lo cristiano y que, a veces, se han ido desarrollando al margen de nuestras Iglesias: la dignidad de la persona y sus derechos inviolables; la aspiración a la libertad, la justicia y la participación de todos en la construcción de la sociedad; el deseo de paz; la defensa de la legítima autonomía de las realidades temporales.

Pero los creyentes no sólo hemos de escuchar. Al mismo tiempo que nos sometemos honestamente a las preguntas y críticas que se nos hacen, no hemos de tener temor alguno en formular los grandes interrogantes y la crítica de fondo que la fe nos obliga a hacer hoy a la cultura increyente.

También nosotros preguntamos al increyente si basta la ciencia y la tecnología para ofrecerle al hombre la salvación que necesita y en el fondo busca. Si es humano y coherente el sin-sentido y la existencia sin una orientación global y última. Si la vocación profunda y definitiva del hombre se reduce a vivir lo mejor posible lo cotidiano. Si la pregunta de Dios no es inevitable. En la Carta Pastoral del pasado año os recordábamos éstas y otras preguntas fundamentales que nos invitan a vislumbrar a Dios en el horizonte del hombre como luz en nuestras contradicciones, orientación en nuestros esfuerzos y esperanza en los fracasos³¹.

Los proyectos evangelizadores y la pastoral misionera que quiere llegar hoy hasta el corazón del hombre increyente deberá estar inspirada en este talante dialogante.

4.- Colaborando en la misma tarea humana

74. De poco serviría ser testigos de nuestra fe y adoptar una actitud de diálogo si los creyentes permaneciéramos ajenos al esfuerzo y la lucha en que el hombre moderno está comprometido por llevar a feliz término lo humano permanentemente amenazado desde tantos frentes. Sólo abriremos caminos de evangelización si sabemos solidarizarnos en esa tarea común.

· Unidos en la tarea humana

Creyentes y no creyentes compartimos un mismo destino histórico y una misma tarea humana. Como ha dicho Juan Pablo II: «La Iglesia no puede permanecer insensible a todo lo que sirva al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente á lo que le amenaza»³².

Esto nos exige hoy a los creyentes aprender a desarrollar más el poder humanizador de la fe tanto en la vida individual de cada hombre como en el tejido y las estructuras de la convivencia social. Colaborar en todo proyecto realmente humanizador haciendo ver prácticamente que el impulso del Evangelio y las causas más nobles de la cultura moderna tienden a una liberación integral del hombre.

No es superfluo recordar una vez más las tareas más importantes donde creyentes e increyentes estamos llamados a colaborar hoy fraternalmente: el esfuerzo por crear una cultura más llena de sentido y esperanza; la defensa de la vida en todas sus formas, desde su origen hasta su muerte; el logro de la paz; la defensa de la dignidad y los derechos de las personas concretas; la afirmación de los pueblos y de su propia identidad y, al mismo tiempo, la solidaridad real entre ellos; la creación de un futuro más digno y esperanzado para los jóvenes; la defensa de la naturaleza y el equilibrio ecológico.

Creemos que uno de los contenidos más importantes de esa «segunda evangelización» que estamos llamados a promover hoy en medio de la increencia es éste de solidarizarnos en estas tareas humanas aportando la fuerza salvadora, la interpelación y la esperanza que se encierra en la fe.

Pero hay algo que es particularmente decisivo para la evangelización: la defensa de los pobres y el servicio a los más desheredados. Lo que más oculta hoy el rostro de Dios es la profunda injusticia que reina en el mundo. Si no luchamos contra ella y no nos ponemos del lado de las víctimas, colaboramos al ocultamiento actual de Dios. Si los defendemos y estamos junto a ellos, «los pobres son evangelizados» y el rostro de Dios se sigue manifestando a través de los creyentes.

· Aclarar un malentendido

75. El hombre moderno ha descubierto en sí mismo y en su mundo posibilidades inéditas para buscar su felicidad de manera más libre y más plena.

Esto no tenía porqué haberlo alejado necesariamente del Dios amigo de la vida y defensor del hombre. Pero sucedieron dos hechos que provocaron el malentendido fatal que sigue separando al hombre moderno de Dios. Por una parte, la modernidad, absolutizando falsamente el poder del hombre, no supo ver en la salvación de Dios la felicidad del ser humano, sino su negación mortal. Por otra, la Iglesia, recelosa ante el nuevo poder del hombre, no supo presentarle al Dios de Jesucristo como el verdadero defensor de una humanidad autónoma y libre.

Por eso, la evangelización de la increencia se decidirá en la medida en que el malentendido se vaya deshaciendo.

El hombre, creyente o no, está ahí, ante la tarea gloriosa pero dura y difícil de construirse a sí mismo y buscar su felicidad. El increyente se cree solo, abandonado a sus propias fuerzas, mientras el creyente se sabe acompañado y sostenido por un Dios que sólo entra en nuestras vidas para aportarnos fuerza, sentido y esperanza.

Viviendo y trabajando por un mundo más feliz, los creyentes hemos de mostrar que Dios es sólo y exclusivamente Salvador. Que sólo busca e impone al hombre lo que éste necesita para su verdadero bien.

Sólo el compromiso de los creyentes por una vida más humana podrá ayudar al increyente a descubrir que la religión no es un estorbo sin el cual la vida sería más libre, espontánea y feliz, sino la presencia en nuestra vida de un Dios que sólo busca nuestra felicidad.

Sólo en nuestras vidas podrá el increyente leer que «la ley de Dios» no es una imposición intolerable que hemos de rechazar resentidos, sino nuestra felicidad expresada en forma de mandato, el camino que puede conducirnos ya desde ahora al máximo bien.

CONCLUSIÓN

76. Deseamos que esta Carta Pastoral os ayude a todos a escuchar con fuerza aquellas preguntas que Pablo VI hacía en su Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi»: «¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?»³³.

Sabemos que sólo animados por el Espíritu de Dios podremos vivir hoy esta fe y anunciarla. «Nadie puede decir 'Jesús es el Señor' si no es impulsado por el Espíritu Santo» (1 Co 12,3). Nadie puede ser enviado a evangelizar si no es impulsado por Él (cfr. Jn 20,22). Nuestros esfuerzos por reavivar la fe y promover la evangelización no podrán nunca reemplazar esa acción discreta pero real del Espíritu que sigue invitando y atrayendo también hoy el corazón de hombres y mujeres hacia Dios.

No hemos de olvidar tampoco que Jesucristo, primer testigo y evangelizador de la fe, ha sido crucificado por el mundo. Es en la cruz donde Jesús ha vivido de manera plena su fe en el Padre y ha anunciado de manera definitiva el amor salvador de Dios. Rechazado por los hombres pero resucitado por el Padre, se ha convertido así en fuente de salvación eterna para todo el que cree.

La celebración de la muerte y resurrección del Señor nos ha de ayudar a recordar que los discípulos no somos más que el Maestro. El creyente ha de saber que seguir a Cristo es estar dispuesto a «tomar su cruz». El evangelizador ha de tener presente que anuncia a Cristo crucificado, «escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles», aunque «fuerza y sabiduría de Dios» para los que creen (1 Co 1,23-24).

77. Os escribimos esta Carta en el Año Mariano. La devoción a María ha alimentado y sostenido en otros tiempos la fe y la vida cristiana de no pocos creyentes.

Sin duda, era necesario purificar algunas desviaciones o excesos que fomentaba a veces una devoción mariana mal entendida. Pero sería un error eliminar a María de nuestra vida cristiana. Su ausencia lejos de enriquecer nuestra fe la empobrecería gravemente.

María, la Madre del Señor, que supo creer, a pesar de los interrogantes que surgían en su corazón (cfr. Lc 1,26-38) puede ser, en estos tiempos difíciles para la fe, nuestro mejor modelo y guía para escuchar la Palabra de Dios y acogerla en nuestro corazón.

Ella que supo cantar las grandezas de Dios y anunciar al Salvador (cfr. Lc 1,46-55) nos puede enseñar también hoy a anunciar a Jesucristo.

«Dichosos los que -como ella- escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria

17 de febrero de 1988

Miércoles de Ceniza

✿ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela

✿ **Luis María**, Obispo de Bilbao

✿ **José María**, Obispo de San Sebastián

✿ **José María**, Obispo de Vitoria

✿ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao

2 *En busca del verdadero rostro del Hombre* (Cuaresma-Pascua, 1987).

3 *Iglesia, Religión y Política*, Encuesta del CIS en Revista Española de Investigaciones Sociológicas 27 (julio-septiembre de 1984), pp. 295-328; F. Azcona San Martín, *La religiosidad de los españoles*, en *Ecclesia* 209 (16.2.1985), p. 16; *Catolicismo en España. Análisis sociológico*, Instituto de Sociología Aplicada de Madrid (1985); *Informe sociológico sobre la juventud española, 1960/1982* (Ediciones Santa María), Madrid 1984; *Encuesta de la juventud 1982*, Ministerio de Cultura (Dirección General de la Juventud), Madrid 1984; *Juventud española 1984* (Ediciones Santa María), Madrid 1985; *Juventud vasca 1986*, Informe sociológico sobre comportamientos, actitudes y valores de la juventud vasca actual (Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno Vasco), pp. 135-211; *Encuesta sobre la juventud en Navarra. Jóvenes de 15 a 21 años*, Fundación Bartolomé de Carranza (Pamplona 1986); *Estudio sociológico asistencia eucarística dominical en Navarra 1983* (Arzobispado de Pamplona. Departamento de Estadística y Sociología).

4 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual (Gaudium et Spes)*, n. 7.

5 *Seguimiento de Jesús y conciencia moral* (Cuaresma-Pascua, 1985).

6 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, n. 20.

7 *Ibid.*, n. 20.

8 *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (Cuaresma-Pascua, 1986), n. 15.

9 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, n. 19.

10 *Ibid.*, n. 19.

11 Francisco Javier Elzo, *Una lectura de la juventud vasca* (Universidad de Deusto, 1987), p. 16.

12 *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (Cuaresma-Pascua, 1986), n. 14.

13 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, n. 16.

14 Constitución *Sobre la Iglesia "Lumen gentium"*, n. 8.

15 *La evangelización en el mundo contemporáneo*. Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", n. 15.

16 *Testigos del Dios Vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad. Documento de la Conferencia Episcopal Española, n. 58.

17 *Los pobres: una interpelación a la Iglesia* (Cuaresma-Pascua, 1981).

18 *Testigos del Dios Vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad. Documento de la Conferencia Episcopal Española, n. 58.

- 19 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual* "Gaudium et Spes", n. 9.
- 20 *Testigos del Dios Vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad. Documento de la Conferencia Episcopal Española, n. 29.
- 21 *Testigos del Dios Vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad. Documento de la Conferencia Episcopal Española, n. 68.
- 22 *La Iglesia, comunidad evangelizadora* (Cuaresma-Pascua, 1983).
- 23 *La evangelización en el mundo contemporáneo*. Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", n. 24.
- 24 Ibid., n. 5.
- 25 Ibid., n. 14.
- 26 Ibid., n. 27.
- 27 Constitución *Sobre la Iglesia en el mundo actual* "Gaudium et Spes", n. 3.
- 28 *La evangelización en el mundo contemporáneo*. Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", n. 21.
- 29 Ibid., n. 24.
- 30 Ibid., n. 15.
- 31 *En busca del verdadero rostro del hombre* (Cuaresma-Pascua, 1987), nn. 30-32.
- 32 *El Redentor del hombre*. Carta Encíclica de Juan Pablo II "Redemptor Hominis", n. 13.
- 33 *La evangelización en el mundo contemporáneo*. Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", n. 76.